

Aquí hablamos de ciudadanías en lo micro, en lo cotidiano, en el diario acontecer de quienes habitamos y nos relacionamos en esta ciudad. Ciudadanías que se ejercen y se construyen a través de las confrontaciones con un policía porque se quiere llevar una lata de spray; de los gestos de cuidado con el otro en medio de un porro ; del recorrido de sur a norte que se hace reciclando; de otra noche en la UPJ por andar mal parqueado; del conflicto con el líder comunitario de toda la vida que aún no quiere ceder su espacio; de la toma de una calle para realizar una jornada de aseo mientras suena el hip hop; de la lucha diaria por esta vez en serio no meter más pegante; del ir y venir cantando una tarde en el Transmilenio para recoger el dinero de la rumba. Ciudadanías que se construyen en relaciones con los otros y que son, al mismo tiempo, acciones de supervivencia y de lucha por otra vida, por otro mundo. Nos acercamos a estas ciudadanías para ver las pequeñas confrontaciones que se dan en el día a día y que suelen pasar desapercibidas antes las luchas grandes.

ciudadanías juveniles /ciudadanías incómodas

¿DE QUIÉN? ES LA CALLE?

ciudadanías juveniles /ciudadanías incómodas

¿DE QUIÉN?
ES LA CALLE?







¿DE QUIÉN? ES LA CALLE?

ciudadanías juveniles /ciudadanías incómodas



¿DE QUIÉN ES LA CALLE?

Ciudadanías juveniles, ciudadanías incómodas

Gustavo Petro Urrego

Alcalde Mayor

José Miguel Sánchez Giraldo

Director del Idipron

José Miguel Sánchez Giraldo

Ruth Vargas Rincón

Coordinación de investigación

Franklin Antonio Castillo

Jefferson Díaz Cagua

Carmenza Hernández Pedraza

Juliana Hincapié Naranjo

Harrison López Cuartas

Sandra Martínez Murillo

Carolina Rodríguez Lizarralde

Equipo de investigación

Juan Carlos Baquero Pérez

Asesoría cartográfica

Reina Lucía Valencia

Edición

Daniel Caicedo Ruíz

Natalia Quiroga

Diseño y diagramación

Equipo de Investigación

Semilleros de Investigación

Cartografía y fotografía

Registro ISBN 978-958-99226-6-8

Primera edición: Bogotá, marzo de 2014





PRÓLOGO

Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres

Heinrich Heine

Que el Idipron haya sido designado por el Alcalde Gustavo Petro como el Instituto Distrital de la Juventud, nos señala varios retos. Uno de ellos es la necesidad ética y política de reconocer la pluralidad y heterogeneidad de las y los jóvenes, así como de las múltiples luchas y resistencias en las que están inmersos, para movilizar estrategias que garanticen el ejercicio de ciudadanías diversas y polifónicas, de subjetividades críticas, libertarias, dinámicas, transformadoras. Esto es lo que hemos ido haciendo para avanzar en la construcción de la ciudad no segregacionista que le corresponde a la Bogotá Humana.

Sabemos que la responsabilidad del Estado no radica en decirle (imponiendo) a sus ciudadanas y ciudadanos lo que deben o no deben hacer, sino en alentar y fortalecer sus procesos sociales y comunitarios, aportando de manera decidida al trabajo que la gente desarrolla en sus territorios. Por ello, articularse con las organizaciones juveniles de la ciudad, motivando agendas conjuntas y re-construyendo confianzas (perdidas) en la institucionalidad, ha sido uno de los principales derroteros del Idipron durante esta administración. Esto, escuchando también con profunda atención a quienes no hacen parte de procesos organizativos, a aquellos que por diversas razones suelen ser excluidos de los espacios formales de participación pero que, forjando con los recursos que tienen a la mano, luchan en su día a día por vivir y, no pocas veces, por hacerlo de otro modo. Hoy, entonces, podemos decir que el Instituto trabaja con todas y con todos, dando prioridad a los más vulnerables y a los más pobres.

Lo anterior nos ha llevado a hacer de la calle el escenario predilecto para la acción del Idipron porque reconocemos que en el mundo contemporáneo y en nuestra ciudad es allí donde se juegan, en gran medida, la construcción de lo público y el ejercicio (siempre conflictivo) de las múltiples ciudadanías. Por ello, el trabajo realizado en los territorios de vida de las y los jóvenes ha sido fundamental, en tanto nos ha permitido acercarnos a sus cotidianidades y entender las relaciones (muchas veces tensas) que tienen con otros actores sociales. Por ello también nuestra apuesta

ve en el parque, en la esquina, en la plaza y en los muros escenarios de expresión juvenil, de encuentro, de incidencia política y de ejercicio de derechos, mientras asume una confrontación directa contra la criminalización y estigmatización de la juventud. Es en la calle, entonces, donde nos concentramos para estar juntos, con otras y con otros, cruzando y ampliando trayectos para tumbar fronteras y apropiar algo que, sin duda, nos pertenece a todas y a todos.

Este libro es resultado de un proceso de construcción de conocimiento con jóvenes de la ciudad en la calle, siguiendo sus pasos y escuchando sus demandas y experiencias vitales. Caminar a su lado nos ha permitido conocer no solo las problemáticas que los atraviesan, sino también y sobre todo las soluciones que proponen y construyen con o sin la ayuda del Estado, enseñándonos que la vida debe atenderse con acciones claras y efectivas que van más allá de campañas y programas momentáneos. Creemos en una movilización ciudadana que entrecruza la política con la estética y el afecto, y en el ejercicio de nuevas ciudadanías juveniles que exigen creatividad y movimiento. Esto es lo que aquí, allá y donde quiera que estemos seguiremos imaginando, experimentando y defendiendo.

José Miguel Sánchez Giraldo
Director Idipron



AGRADECIMIENTOS

Por su confianza, energía, entusiasmo, pilera y aportes grandes, pequeños, gigantes, cercanos, distantes... gracias a quienes dieron vida a los Semilleros Juveniles de Investigación:

Juan Carlos Aguilar Novoa
Jesús Aldana
Iván Felipe Corredor Castellanos
William Dimate Arana
Ingrid Natalia Guzmán Muñoz
Estefany Guisel Junca Rodríguez
Jenny Rocio Lozano Vesga
Christopher Luna Ramírez
Ingrid Julieth Molina Londoño
Leidy Johana Molina Londoño
Flor María Monroy Muñoz
José Heli Narvaez Herreño
Jonathan Jair Novoa Leon
Julián David Orjuela Agudelo
Neicy Yeraldin Ortega Ruíz
Neyra Yined Ortega Ruíz
Yineyli Damariz Ortega Ruíz
Jefferson David Osorio Novoa
Hasbleidy Dayana Patiño Umenza
Leidy Johanna Peña Rodríguez
Marien Pérez Landeros
Carlos Pulga Bohórquez
James Quesada
Luz Marina Ramos Taquinas
Emperatriz Ramos Umenza
Yenny Paola Reyes Vergara
Edwin Ruíz Beltrán

INTRODUCCIÓN

Micropolíticas y cotidianidades juveniles

¿Qué significa hablar de ciudadanías juveniles hoy y en Bogotá?, ¿con cuáles categorías explorar el fenómeno, en el marco de problemáticas urbanas contemporáneas?, ¿qué papel están jugando en la construcción de ciudad?, ¿cómo entender el carácter dinámico y situado de sus ejercicios, y desde dónde hacerlo? Asumiendo estas preguntas, el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, Idipron, realizó durante el 2013 la investigación “¿De quién es la calle?. Ciudadanías juveniles, ciudadanías incómodas”, con el propósito de indagar por diferentes formas en las que las y los jóvenes ejercen sus derechos y construyen sus ciudadanías, apropiando cotidianamente el espacio público, luchando simbólicamente por el reconocimiento y re-elaborando las historias de su territorios. Asimismo, se propuso analizar cómo en sus acciones diarias, las y los jóvenes de la ciudad se la juegan por vivir en sus propios términos, transformando imaginarios de estigmatización o invisibilización de sus historias y sus entornos de vida, y en medio de los conflictos, las tensiones y las negociaciones que ello supone con otros actores sociales.

Entendemos que la noción de ciudadanía es foco de debate y que, en consecuencia, son varios los caminos de aproximación al tema. Sin embargo, también reconocemos que en nuestro contexto ésta sigue pensándose mayoritariamente en relación con el Estado y la limitación de sus poderes, así como con las reglas de juego que regulan la interacción social; desde esta mirada, la ciudadanía es un mecanismo de identificación, reconocimiento y clasificación de los sujetos que se fundamenta en las formas políticas dominantes de representación, participación y organización. En términos generales, estas premisas se mantienen al hablar de ciudadanías juveniles, solo que en este caso se da por supuesto un sujeto específico (joven) a quien se le reconocen diversas formas de identificarse, de relacionarse con otros y de interpretar el mundo (de ser joven), pero a quien, en suma, se le sigue asumiendo como una subjetividad tan homogénea como fija. Así las cosas, en relación con el ámbito político, los jóvenes son definidos como apáticos o activos o exigentes o irresponsables o...; todos éstos atributos que pierden de vista la diversidad y, sobre todo, el movimiento.

1. Muñoz, G y Muñoz, D. (2008) La ciudadanía juvenil como ciudadanía cultural: una aproximación teórica desde los estudios culturales. Revista Argentina de Sociología Año 6, N° 11. Pp. 217-236.
2. Ochoa, M. (2004). Ciudadanía perversa: divas, marginación y participación en la 'localización'. En Daniel Mato, coordinador. Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas: FACES/ Universidad Central de Venezuela.
3. Cigarrillo de marihuana.
4. Unidad Permanente de Justicia.

Con este panorama se van posicionando social e institucionalmente propuestas que, en la línea de las nuevas ciudadanía y de las ciudadanía culturales, confrontan aquellos marcos de pensamiento y de acción que dejan por fuera de lo político dinámicas culturales relacionadas con la música, las artes y la corporalidad, por ejemplo; desde aquí cultura y política se encuentran en el hacer que se lleva a cabo en la vida cotidiana, en el marco de una ciudadanía que se asume como un ejercicio activo, agente, constructivo¹. Las ciudadanía juveniles se presentan, entonces, como prácticas contextuales, dinámicas y diversas que, lejos de restringirse a la relación con el Estado, proponen, transforman y construyen subjetividades y mundos sociales desde diversos escenarios y en medio de variadas interacciones. Sin embargo, aunque esta mirada introduce elementos importantes para pensar de otros modos la ciudadanía, le resta potencia al conflicto, a las batallas diarias, a lo que confronta decididamente la norma, a lo que rehúye a lo bueno, a lo ético, a lo legal; en suma, a esos "sujetos que frustran"² porque salen del marco de expectativas sociales.

Por lo anterior, aquí hablamos de ciudadanía en lo micro, en lo cotidiano, en el diario acontecer de quienes habitamos y nos relacionamos en esta ciudad. Ciudadanía que se ejercen y se construyen a través de las confrontaciones con un policía porque se quiere llevar una lata de spray; de los gestos de cuidado con el otro en medio de un porro³; del recorrido de sur a norte que se hace reciclando; de otra noche en la UPJ⁴ por andar mal parqueado; del conflicto con el líder comunitario de toda la vida que aún no quiere ceder su espacio; de la toma de una calle para realizar una jornada de aseo mientras suena el hip hop; de la lucha diaria por esta vez en serio no meter más pegante; del ir y venir cantando una tarde en el Transmilenio para recoger el dinero de la rumba. Ciudadanía que se construyen en relaciones con los otros y que son, al mismo tiempo, acciones de supervivencia y de lucha por otra vida, por otro mundo. Nos acercamos a estas ciudadanía para ver las pequeñas confrontaciones que se dan en el día a día y que suelen pasar desapercibidas antes las luchas grandes.

Esto implica asumir una noción de política no institucionalizada que permita re-otorgarle a las interacciones y al hacer cotidiano un carácter político, entendiendo que allí también se resiste y se negocia el orden social, y enfatizando las luchas de poder y las demandas de reconocimiento que atraviesan estos ejercicios. Hablamos de micropolíticas, asumiendo que siempre nos movemos en

redes de poder (de un poder descentrado) y que es en ese juego dinámico donde se constituyen las subjetividades, en general, y las subjetividades juveniles, en específico. Nos interesa dar cuenta de los mecanismos y estrategias de poder que se despliegan en el día a día del habitar la calle, y de los ejercicios de negociación y de resistencia que, en relación, son activados por los jóvenes, entendiéndolos como un escenario en/de disputa, así como de construcción de lo público.

Las prácticas juveniles que fueron objeto de estudio de esta investigación son diversas y suelen entrar en conflicto con imaginarios sociales vigentes que limitan el reconocimiento y la acción política de las y los jóvenes en la ciudad. En estos imaginarios, por ejemplo, la calle se considera como un espacio limítrofe al que solo se debe acceder para trasladarse de un lugar a otro, y donde la juventud no debe permanecer más del tiempo necesario; lo contrario es interpretado como una amenaza que debe ser controlada por la comunidad y por la autoridad. Esto demanda la creación y puesta en marcha de diferentes estrategias de apropiación del espacio público, algunas veces negociando con las normas sociales y jurídicas, y otras desafiándolas radicalmente.

La investigación que aquí se presenta se desarrolló en siete territorios de Bogotá y en tres Unidades de Protección Integral, UPI, del Idipron, a través de una metodología llamada Semilleros de Investigación que tiene como propósito producir conocimiento sobre las realidades de la ciudad, con las niñas, niños y jóvenes, en sus espacios de vida y desde sus propios intereses de investigación. La memoria, entendida también como terreno en disputa, fue el escenario que escogimos para acercarnos a las prácticas cotidianas de las y los jóvenes, así como a los procesos de construcción de sus subjetividades políticas en el espacio público y a sus ejercicios de ciudadanía. Las preguntas de investigación que nos guiaron fueron: 1) ¿Qué papel han tenido los y las jóvenes en los conflictos por la apropiación del territorio y cómo este ha incidido en la construcción de identidades?; 2) ¿Cuáles fronteras se han establecido o derrumbado a partir de estos conflictos y cómo han sido experimentadas por los y las jóvenes?

Enfocarnos en las memorias (qué se recuerda, quién recuerda, cómo recuerda) nos permitió no solo conocer el pasado de los territorios recorridos y sus vínculos con el actual orden social, sino, especialmente, exponer los marcos políticos vigentes, teniendo en cuenta que los recuerdos son articulados en una memoria que se

5. Traverso, E. (2007). El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales.

inscribe permanentemente en el espacio público y que en cada contexto se define desde determinados paradigmas de representación del pasado. Entendemos, entonces, que son las necesidades actuales de las comunidades políticas las que dibujan las condiciones de la memoria, es decir, de la selección colectiva de lo que se recuerda y de lo que se olvida⁵; por ello, como producto cultural, la memoria puede servir para la dominación o para la emancipación, no solo en términos comunitarios sino también subjetivos, dado que los sujetos se van construyendo, cotidianamente, en medio de tensiones por la memoria.

Con los Semilleros de Investigación, no se trataba de construir memorias que hicieran énfasis en los recuerdos y en los olvidos, a modo de secuencia de hechos, sino de activar la re-construcción reflexiva del pasado, de lo que otros han narrado acerca de él y de sus efectos. Asimismo, pusimos el acento en el carácter móvil que la narratividad le otorga a la memoria, en tanto permite comprenderla no como un hecho social dado, sino como una serie de sentidos otorgados al pasado por los individuos. A través de nuestras narraciones y de la acción de darle forma, tomamos posición frente al pasado, teniendo en cuenta que éstas no solo expresan las vivencias individuales ante determinada situación, sino también las estrategias, los límites y los énfasis puestos por el colectivo social a la producción de memorias. Se trataba de reconocer el potencial transformador de la narración en los sujetos, más que hacer de sus narraciones un hecho o un dato empírico más, para así activar la construcción narrativa de memorias como ejercicio de ciudadanías.

En este proceso, se conformaron 10 Semilleros de Investigación. Aunque todos estuvieron unidos en la intención de reconstruir memorias territoriales, cada uno de los Semilleros desarrolló su propio proceso investigativo definiendo intereses, preguntas, metodologías y productos finales. Lo que trabajamos con ellas y ellos, no solo configuró la investigación que da forma a este texto, sino que, además, culminó con 10 productos de investigación que dibujan un mapa de la ciudad con imágenes, sonidos, letras, títeres y rayas. Esta investigación es, entonces, la articulación de relatos colectivos contruidos desde diversas experticias, con intereses a veces compartidos entre “nosotros” –Idipron- y “ellos”, -los jóvenes-, y con la claridad permanente de que mirábamos el mundo desde lugares diferentes. No obstante, el reto es que estos conocimientos parciales, localizados y críticos posibiliten otras conexiones y conversaciones, reescribiendo nuevas historias; para ello, se requiere una lectura simultánea: la de los capítulos que dan forma al documento escrito, al lado de la de los productos de los Semilleros de Investigación.

BIBLIOGRAFÍA

Arfuch, L. (2008). El espacio biográfico. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Barbero, J. M. (2008). Lo público: experiencia urbana y metáfora ciudadana. CIC Cuadernos de Comunicación. Vol. 12. Pp. 213- 226.

García Canclini, N. (2006). Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad. Barcelona: Editorial Gedisa.

Chaves, M. (2004). Biopolítica de los cuerpos jóvenes: aproximaciones e inventarios. KAIRÓS, Revista de temas sociales. Universidad Nacional de San Luis. Año 8. N°. 14.

Haraway, D. (1988). Situated knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective. Feminist Studies. Vol 3 N° 4. Pp. 575-599

Hubbard, P. (2001). Sex zones: intimacy, citizenship and public space. En Sexualities. Pp 4-51.

Jelin, E (2002). Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI.

Lechner, N. (2000). Nuevas ciudadanías. Revista de Estudios Sociales. Enero. N° 005, Universidad de los Andes.

Muñoz, G y Muñoz, D. (2008) La ciudadanía juvenil como ciudadanía cultural: una aproximación teórica desde los estudios culturales. Revista Argentina de Sociología Año 6, N° 11. Pp. 217-236.

Ochoa, M. (2004). Ciudadanía perversa: divas, marginación y participación en la 'localización'. En Daniel Mato, coordinador. Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas: FACES/ Universidad Central de Venezuela.

Ortíz, R. (2005). Otro territorio: ensayos sobre el mundo contemporáneo. Buenos Aires, UNQ.

Reguillo, Rossana. (2003). Ciudadanías juveniles en América Latina. Última Década N° 19. Viña del Mar: CIDPA. Pp. 11-30.

Riaño, P. (2000). El tráfico de las memorias y los sentidos de lugar: las identidades culturales de los jóvenes en Medellín. Presentado en el XII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. Miami.

Sarló, B. (2005). Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Buenos Aires: Siglo XXI.

Serrano, José Fernando et al. (2009). Una experiencia de conocimiento situado: la línea de Jóvenes y Culturas Juveniles en el DIUC. Nómadas. N° 30. Universidad Central. Pp. 118-131.

Traverso, E. (2007). El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales.

CAPÍTULO 1

Grafiti, grafiteros y luchas por
el reconocimiento juvenil en la ciudad

6. Audiovisual disponible en:
www.idipron.gov.co
7. Quienes hacen parte del movimiento o cultura hip hop.
8. Estar en grupo, compartir con amigos.

Este capítulo recoge reflexiones construidas con jóvenes raperos y grafiteros de la localidad de Bosa (ubicada en el suroccidente de Bogotá) mientras recorriamos sus espacios de vida y los territorios que van delimitando sus dinámicas y movimientos cotidianos. Llegamos a ellos con el objetivo de conocer algunos de los encuentros juveniles que se desarrollan en la localidad para fortalecer la cultura del hip hop en los barrios y apropiar el espacio público a través de la música y las artes, y logramos desarrollar conjuntamente un proceso de investigación que culminó con el corto documental “Con las manos en la lata: escritores urbanos”⁶. Por medio de este audiovisual las y los jóvenes vinculados al proceso muestran cómo el grafiti, en tanto imagen y práctica, genera transformaciones en la forma de relacionarse con lo público y cómo, por ello, entra en tensión con otros imaginarios sobre la ciudad y, especialmente, sobre la calle. Estas son también las ideas que aquí exploramos.

La calle como territorio en disputa

Para los jóvenes *hiphoperos*⁷ la calle no es solo un lugar de paso; al contrario, es un territorio que se habita, que se vive y que se disputa. Esto parece salirse de la norma urbana hegemónica, según la cual una movilidad lineal, rápida, efímera y pulcra debe imperar --a veces a como de lugar-- para sostener el silencio, la fluidez y la uniformidad que tanto se desea para la ciudad. En este marco, detenerse en un punto más tiempo del necesario, gritar, bailar o cantar ahí, aquí, allá, puede originar un caos basado en miedos o inseguridades que, para algunos, solo puede ser controlado restableciendo el orden: muros en blanco, cuerpos fluyendo y sonidos que se van perdiendo entre el ruido tolerado. Tal vez por esto en varios encuentros callejeros con las y los jóvenes de Bosa debimos recibir a policías que llegaban para advertirnos que la comunidad estaba molesta, que se sentía insegura con nuestra presencia y que, en suma, debíamos desalojar el sitio. En algunos casos solo fuimos advertidos; en otros, el desalojo se hizo efectivo.

De la confrontación entre diferentes formas de significar la calle emergieron conflictos entre la fuerza pública y los jóvenes por aquello que se considera el uso adecuado del espacio público. Asuntos como parchar⁸ en un parque durante la noche, cargar latas de spray en la maleta o tener ropa ancha o manchada de pintura, siguen siendo razones suficientes para que un policía solicite una requisa, decomise implementos o, como sucede en ocasiones, envíe a un joven a la Unidad Permanente de Justicia, UPJ. Según los agentes con los que conversamos, este tipo

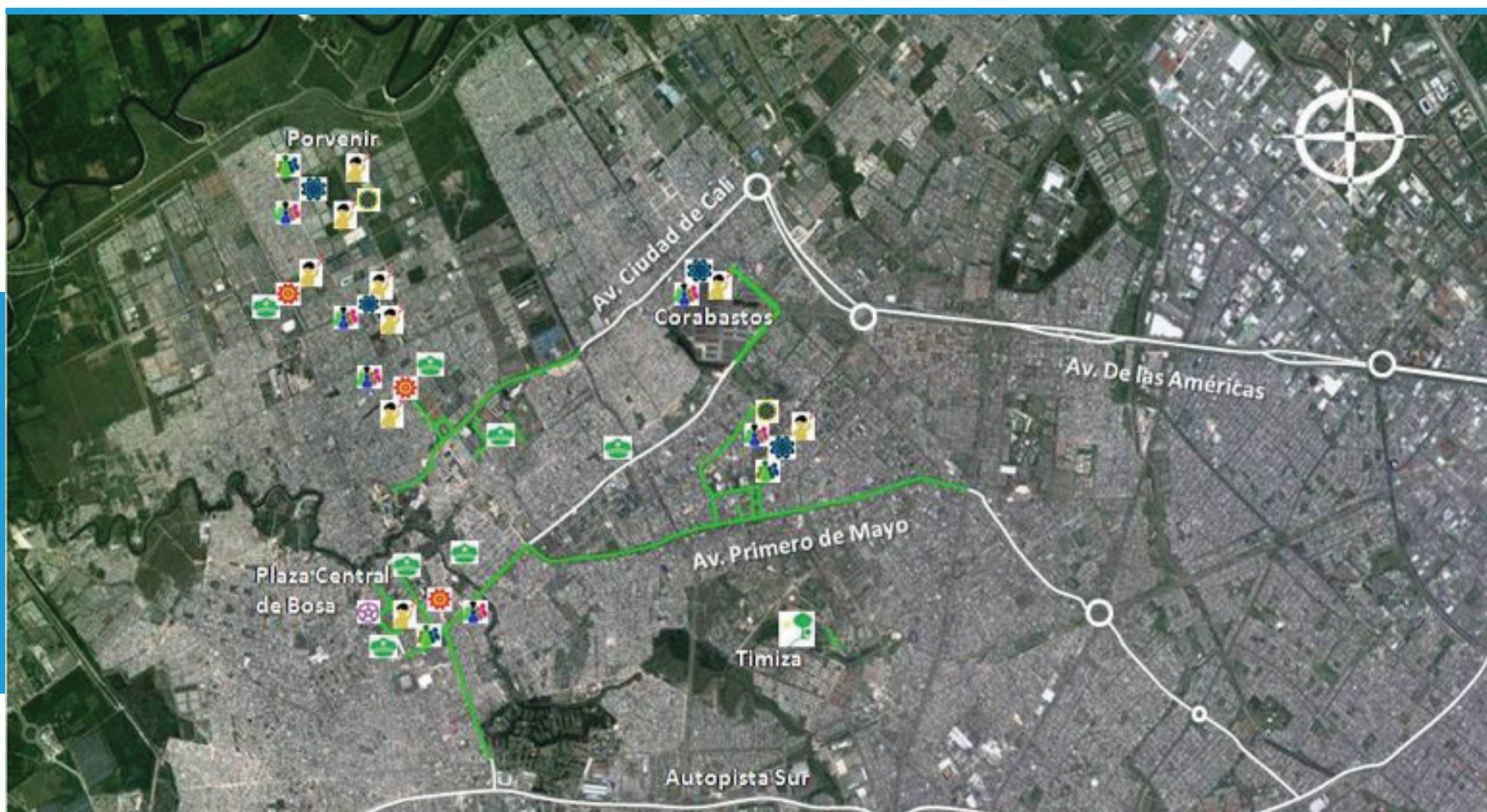
de acciones son solicitadas por la comunidad para prevenir actos delincuenciales como robos o daños (rayones de pintura) en propiedad privada. Como es de esperar, también van generando predisposiciones entre los hiphoperos, quienes utilizan sus expresiones artísticas como instrumentos de denuncia; así, cantar la canción más crítica, dejar un mensaje en el lugar más visible o rayar el lugar más prohibido son acciones de resistencia y de exigibilidad.

Es interesante observar que las intervenciones policiales en los encuentros callejeros juveniles se hacen más frecuentes en los sectores donde existen conflictos entre los jóvenes y la comunidad, mientras que operan de una manera radicalmente diferente allí donde existe apoyo de la misma; esto sugiere que el principal motivo de las tensiones con la Policía es la percepción negativa que otros actores sociales



Escenarios de conflicto en torno al grafiti

Escenarios de visibilidad _____



tienen frente al uso del espacio público por parte de los jóvenes. Es eso, como se anotó antes, lo que irrumpe en el orden esperado y establecido. Además de lo anterior, la formalidad institucional actúa como otro obstáculo para los encuentros juveniles callejeros: no es solo que se deban tramitar una serie de autorizaciones y permisos para reunirse abiertamente en un parque, en una plaza o en una calle; es, sobre todo, que la mayoría de esos requerimientos son difíciles (a veces imposibles) de cumplir cuando se carece de recursos económicos o de un apoyo institucional decidido. Por ello, los jóvenes optan por ejercer su derecho a la ciudad reuniéndose en lugares escogidos aleatoriamente, en lugares que varían, que se desplazan y que escapan a una regulación sistemática.

Los procesos de territorialización de las y los jóvenes grafiteros con quienes trabajamos desbordan los límites espaciales impuestos administrativamente, dado que ellas y ellos van transitando entre barrios y localidades a medida que se ensanchan o se contraen las posibilidades de intervención en el espacio público y, con ello, de publicación de sus obras. La construcción de territorios en este marco, tiene, entonces, una fuerte conexión con la visibilidad: vías principales, grandes muros, parques principales y lugares con alto tránsito de personas son los lugares favoritos de los grafiteros porque la importancia del territorio para estos escritores urbanos radica en la posibilidad de ser vistos, de capturar la mirada de otros y de generar sensaciones en ellos.

**Intervención policial en
Plaza central de Bosa**



Legalidad-Ilegalidad.

Tensiones entre jóvenes, instituciones y comunidad

En el proceso investigativo, las disputas por la calle como territorio político que han sido mencionadas se manifestaban, por ejemplo, cuando agentes policiales entraban en conflicto con los jóvenes hiphoperos por su forma de habitar el espacio público, poniendo en duda la legalidad de sus acciones. Incluso a veces, cuando los grafiteros trabajan en un muro con las autorizaciones requeridas, se ha hecho necesario que los vecinos intercedan por los jóvenes ante las autoridades de Policía.

Uno de los motores de los conflictos existentes entre jóvenes hiphoperos, agentes de policía y comunidad es la clasificación dicotómica de las prácticas de apropiación del espacio público como legales o ilegales; esto, teniendo en cuenta que las diversas interpretaciones jurídicas, los prejuicios estéticos y la lucha por la definición de la esencia del street art hacen que aún esté abierta la discusión que los actores mencionados llevan a cabo en torno a la legalidad o no de las acciones callejeras de los grafiteros. En este escenario, la comunidad suele aprobar las intervenciones que considera con mayor calidad estética; ejemplo de ello es que las piezas sean más aceptadas y consideradas como legales, mientras que los tag y bombing⁹ son vistos como actos vulgares y delincuenciales.

9. Tag es la forma más básica del grafiti. El logo del writer con su propio estilo, muchas veces con los sufijos "oner", "er", "em", "rock". Bombing es salir a pintar, bombardear.
http://www.graffiti.org/faq/graffiti_glosary_es.html

Bombing



Tag



Pieza



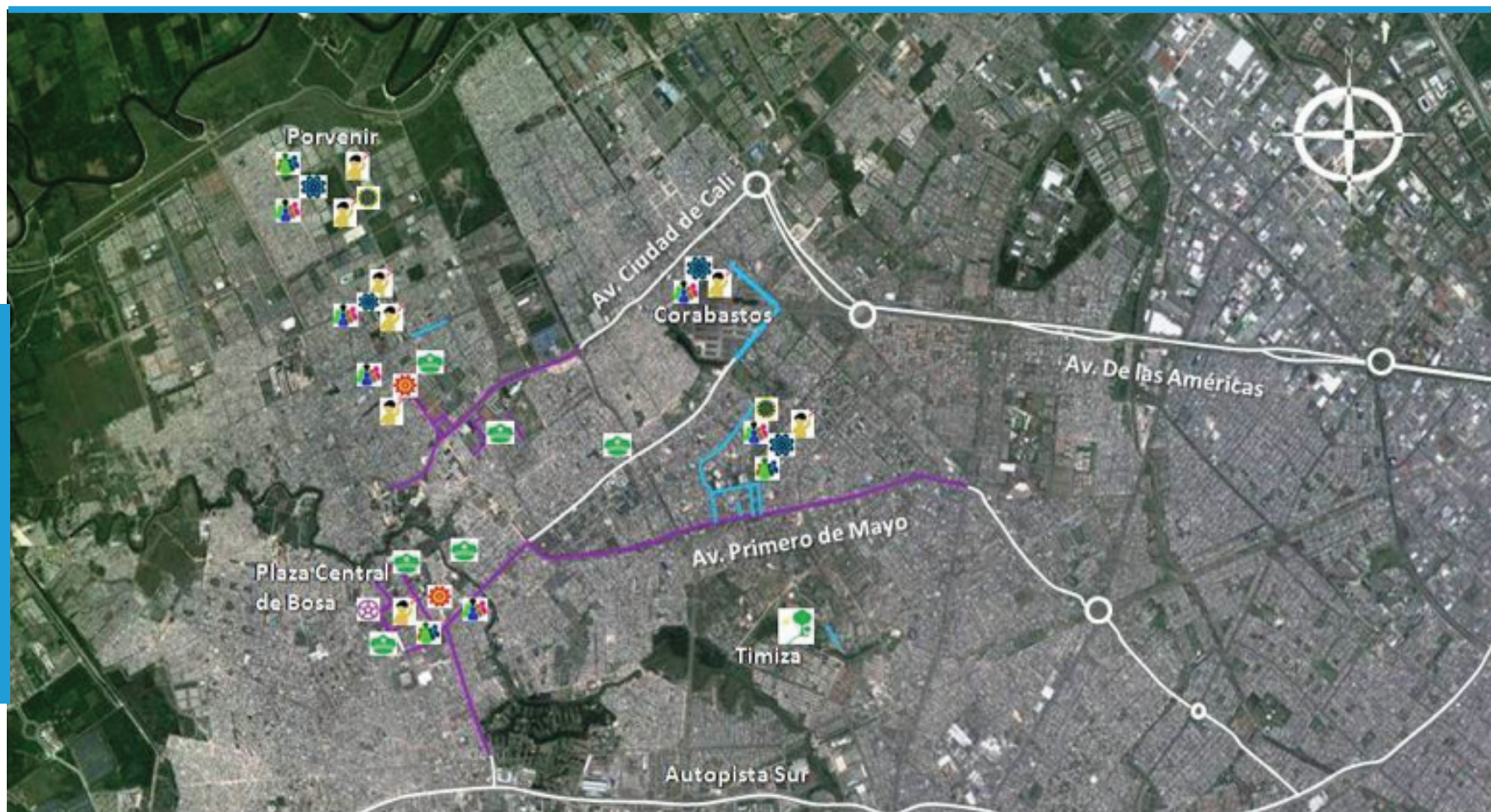
Teniendo en cuenta lo anterior, se puede decir que existe una profunda relación entre la percepción estética que la comunidad tiene de las intervenciones juveniles y el apoyo que la misma da a la apropiación juvenil en el espacio público. Así, los lugares donde hay apoyo de la comunidad tienen una mayor cantidad de piezas, mientras que aquellos donde existen conflictos presentan mayor cantidad de tag y bombing. Esto es producto de un ciclo que continua alimentado las percepciones que cada grupo tiene sobre el grafiti en la ciudad, pues la producción de una pieza demanda más tiempo que la de un tag o la de un bombing; por ello, las primeras suelen ubicarse donde los jóvenes cuentan con el apoyo o la autorización de la comunidad, mientras que las otras formas operan, precisamente, como una estrategia de visibilización en escenarios de prohibición y de tensión.

Visibilización de tags, bombings y piezas



Intervención grupal en espacio público _____

Intervención individual en espacio público _____



De igual forma, en los sectores caracterizados por la desaprobación de la comunidad existe una mayor presión policial, mientras que allí donde hay mayor apoyo se percibe una disminución importante en los abordajes policivos.

En medio de estas dinámicas, la frontera entre legalidad e ilegalidad que instaura socioculturalmente la comprensión del grafiti en la ciudad no es definida necesarimanente desde el marco jurídico existente, sino, sobre todo, desde una valoración estética y de visibilidad según la cual los grafos más pensados, con mayor tiempo de elaboración, hechos con autorización y, en suma, más bonitos, son considerados como obras de arte y no como vandalismo. Es así como se lee la legalidad del trazo o, al menos, la legalidad que merecería.

En cierta ocasión, mientras caminábamos por una calle de la localidad de Bosa, uno de los jóvenes escritores con quienes estábamos nos mostró uno de sus primeros grafitis legales, el cual había realizado en el muro posterior de una casa con la autorización de su dueña. Sin embargo, justo en ese momento dos personas que pasaron a nuestro lado dijeron: “¡mire eso!, debió hacerlo uno de esos delincuentes”, mientras señalaban el grafiti antes mencionado. ¿Qué hizo que de repente cambiara el sentido de legalidad en el grafo? Algo similar sucedió en algunas entrevistas en las que fue común escuchar frases como “si hacen cosas vulgares no me gusta, pero cuando lo hacen como arte, sí”. ¿Qué es lo vulgar y con cuáles criterios se define? Socialmente se van aprobando y legitimando aquellas intervenciones callejeras que tienen cierta calidad medida según la cercanía de los grafos con lo que se interpreta como artístico; por ello, las piezas suelen ser consideradas como agradables y legales o, al menos, como expresiones permitidas, mientras que los tag y los bombing son vistos como vulgares e incluso como delincuenciales.

Este juego visual lo conocen muy bien los grafiteros. Por ejemplo, para evitar problemas con las autoridades algunos buscan muros legales para hacer bombing, tag o trazos que sean leídos como ilegales; igualmente, hay grafos ilegales con una gran carga artística que les permite ser socialmente leídos como legales. Este movimiento visual es atrayente para quienes quieren poner en duda los preceptos estéticos de la sociedad y, con esto, su capacidad objetiva para definir la ilegalidad y la legalidad; así se hace una crítica a las decisiones políticas de una masa ciudadana que a veces no sabe qué está escogiendo ni qué está viendo. Para algunos escritores

urbanos¹⁰ es ese carácter vandálico del grafiti, definido en términos estéticos, lo que define su potencia; el reto es, sin embargo, definir qué lo es y qué no.

Escuchando a los jóvenes, es posible plantear que sus discusiones sobre la legalidad o ilegalidad del grafiti transitan entre al menos dos vertientes: una enfocada en la definición de su esencia y otra en la legitimidad de la apropiación normatizada del espacio público. Para quienes se ubican en la primera, la importancia del grafiti radica en su capacidad de desestabilizar un orden urbanístico que busca uniformar los cuerpos y los espacios, transformando la calle en un escenario emotivo de visibilidad y de resistencia juvenil contra la normalización; desde aquí, el grafiti es una estrategia de deconstrucción a través de la cual los límites entre lo privado y lo público, o entre lo permitido y lo prohibido, son puestos en tensión por las bases populares. Por su parte, quienes optan por la segunda vertiente ven en la normatividad existente una posibilidad de participación ciudadana, de protección de sus derechos y de inclusión en la agenda sociopolítica de la ciudad.

Con la expedición del Decreto 75 de 2013, por medio del cual se promueve la práctica artística y responsable del grafiti en Bogotá, la discusión entre quienes aprueban la regulación del grafiti y quienes no, se han intensificado. Aunque se espera que las decisiones de los escritores urbanos estén precedidas por las consideraciones estipuladas en la norma, esto no suele suceder; al contrario, la diversidad de apuestas políticas existente entre los grafiteros abre el umbral de la discusión sobre la legitimidad de la norma --en tanto delimita su apropiación del espacio público o la visibilidad de sus propuestas-- y sobre ciertas subjetividades políticas que buscan ser leídas como ilegales para reconocerse como ciudadanías: “el graffiti es, en esencia, vandálico y cuando se crean normas para regularlo, se está controlando la libertad del artista”¹¹. Para quienes así piensan, la regulación del grafiti se corresponde con la necesidad gubernamental de institucionalizar todas las actividades que se encuentran en la sociedad e ignora que, como expresión urbana, éste nace en la calle para cuestionar lo que sucede en el mundo; al estar regulada, la práctica del grafiti se transforma en un hobby y deja de ser un acto de resistencia.

No obstante lo anterior, unos y otros ven en la norma jurídica una apertura para participar en convocatorias públicas y un mecanismo de defensa contra la arbitrariedad de la autoridad en la calle; por ello, los escritores la utilizan

10. Así se autodenominan algunos grafiteros.

11. Fragmento de entrevista, joven grafitero, septiembre de 2013.

estratégicamente declarándola inválida cuando rompe su esencia cultural, pero válida cuando se trata de ejercer sus derechos. Esto expresa la lucha por una ciudadanía no homogénea y no siempre coherente desde la cual se espera un reconocimiento político ligado a los derechos y, al mismo tiempo, a la oposición contra el actual sistema político y social.

Así pues, la subjetividad grafitera se constituye en tanto resistencia político-cultural a la normalización urbanística impuesta por los poderes públicos (por lo cual busca alejarse de la legalidad que regula y normaliza las prácticas de los sujetos) y desde la visibilidad de sus pensamientos y emociones en muros para los cuales solo existen reglas de participación democrática: bombing tapa a tag, pieza tapa a bombing, etc. En todo caso, se trata de ciudadanías que se forjan desde la calle creando nuevas formas de relacionarse en y con ella; de ciudadanías que se ejercen haciendo visibles las propias ideas y emociones en los muros de la ciudad, subvirtiendo las reglas hegemónicas que regulan lo público y apropiando el espacio sin limitarlo.



Pieza con CDs



Bombing en
propiedad
privada

Diversidad de apuestas juveniles: de las luchas estéticas hacia las luchas políticas

Hablar de grafiteros es hacer referencia a un grupo social heterogéneo. Si bien algunos comparten formas de construcción de lo público, especialmente, a través de la apropiación de las calles y los muros, otros difieren en sus miradas sobre el mundo social, sus posiciones políticas y estéticas, y sus modos de expresión. Es esta multiplicidad de proyectos y de apuestas, pero sobre todo de prácticas cotidianas, la que nos lleva a pensarlas como nuevas ciudadanías que emergen y se ejercen desde acciones micropolíticas y cotidianas que aunque pasan desapercibidas para gran parte de las personas, ponen en tensión el orden y demandan serios posicionamientos por parte de los jóvenes: por ejemplo, cargar un aerosol en la maleta y andar con las manos pintadas; componer letras críticas del Estado e interpretarlas en el espacio público usando un parlante que reproduce pistas descargadas gratuitamente de Internet; acudir cada semana al mismo parque para “no dejar morir” un espacio que ha sido apropiado por medio de la música y el baile; elaborar en la pared de un plaza de mercado un grafiti que critica la producción de alimentos transgénicos; o recoger botellas plásticas para construir una rampa abierta a los practicantes que BMX sin que necesariamente se pertenezca a este grupo.

Como se dijo antes, parte de lo que hace interesante estas prácticas es que no existe un único sentido que las articule; al contrario, entran en tensión con las mismas acciones de apropiación que los jóvenes hacen de su territorio, mientras hacen más visibles las divergencias estéticas y políticas existentes entre sus protagonistas. Así, algunos jóvenes definen el grafiti como un arte que permite expresar libremente las propias apuestas estéticas, haciendo uso de recursos y técnicas que no son controladas por la academia sino que se aprenden y se valoran en la calle y desde la mirada de diversos actores (jóvenes, otros escritores, transeúntes, autoridades). En este punto, sin embargo, es importante exponer uno de los interrogantes latentes en el movimiento grafitero: ¿qué es arte y qué no lo es?; o, parafraseando las palabras de un joven con el que trabajamos: ¿cuál es la diferencia entre pintar en un muro y hacerlo en un lienzo?

Graffiti y estética



Al respecto, hay quienes plantean que el grafiti ha logrado, precisamente, sacar el arte de los museos para democratizarlo, proponiendo concepciones alternativas sobre lo bello y sus formas de exposición. De hecho, algunos escritores urbanos se han propuesto expandir la práctica del grafiti por medio de eventos y cursos populares, de tal forma que aumente el número de personas practicantes y de lugares intervenidos, mientras mejora la calidad en los diseños y las técnicas. Se trata de una competencia que no está mediada por instituciones ni regulada por agentes externos que definen desde una noción de alta cultura lo que es bueno y lo que es malo en términos estéticos; más bien, el propósito es permitir que los grafiteros interactúen, conozcan sus trabajos y los valoren en la calle de forma abierta y sin intermediarios.

En la relación anónima que los escritores establecen con la calle, otros grafiteros saben de sus compañeros porque reconocen sus tags, incluso sin que se conozcan personalmente. De esta manera se va transitando entre lo estético y lo político: ¿quién hace qué?, ¿por qué lo hace?, ¿para quién lo hace? Los lugares escogidos por los jóvenes para elaborar sus grafitis, como vallas publicitarias, tejados o puentes peatonales y vehiculares, entre otros, hacen de esta práctica algo tan arriesgado como atractivo, enmarcado en profundas luchas por la visibilidad. Por ello, los escritores urbanos siempre están buscando un espacio donde rayar y se disputan con otros esos espacios, según códigos compartidos como, por ejemplo, no pintar sobre un grafiti ajeno a menos que sea para mejorarlo en un ejercicio de competencia que es ampliamente aceptado.

También llama la atención cuando algunos le otorgan importancia a las marcas de pintura en la ropa o en la piel, estableciendo una relación entre grafiti y cuerpo que hace que las salpicaduras de la pintura que utilizan en sus obras adquiera un valor simbólico que los posiciona, a la vez, como artistas callejeros y como sujetos políticos; en este sentido, la pintura implica resistencia a la red de bio-poderes que buscan controlar y normalizar los cuerpos haciéndolos pulcros, sin manchas, uniformados y dominados. No es extraño que en este mundo normalizado las miradas se dirijan hacia jóvenes cubiertos por manchones de pintura; sin embargo, cuando la atención capturada es la de agentes de policía los métodos de control sobre los cuerpos de los jóvenes sobrepasan el prejuicio para transformarse en requisas, decomisos e incluso detenciones. Basta entonces con que se tengan las manos manchadas de pintura para ser objeto de un retén: “si me ven así (los

12. Fragmento de entrevista, joven
grafitera, 2013.

policías) yo les digo que estaba trabajando” dijo una escritora en alguna ocasión; sin embargo, si los manchones son de colores vivos o fluorescentes, esa no sería una razón suficiente para evadir una requisa o decomiso de las latas¹²

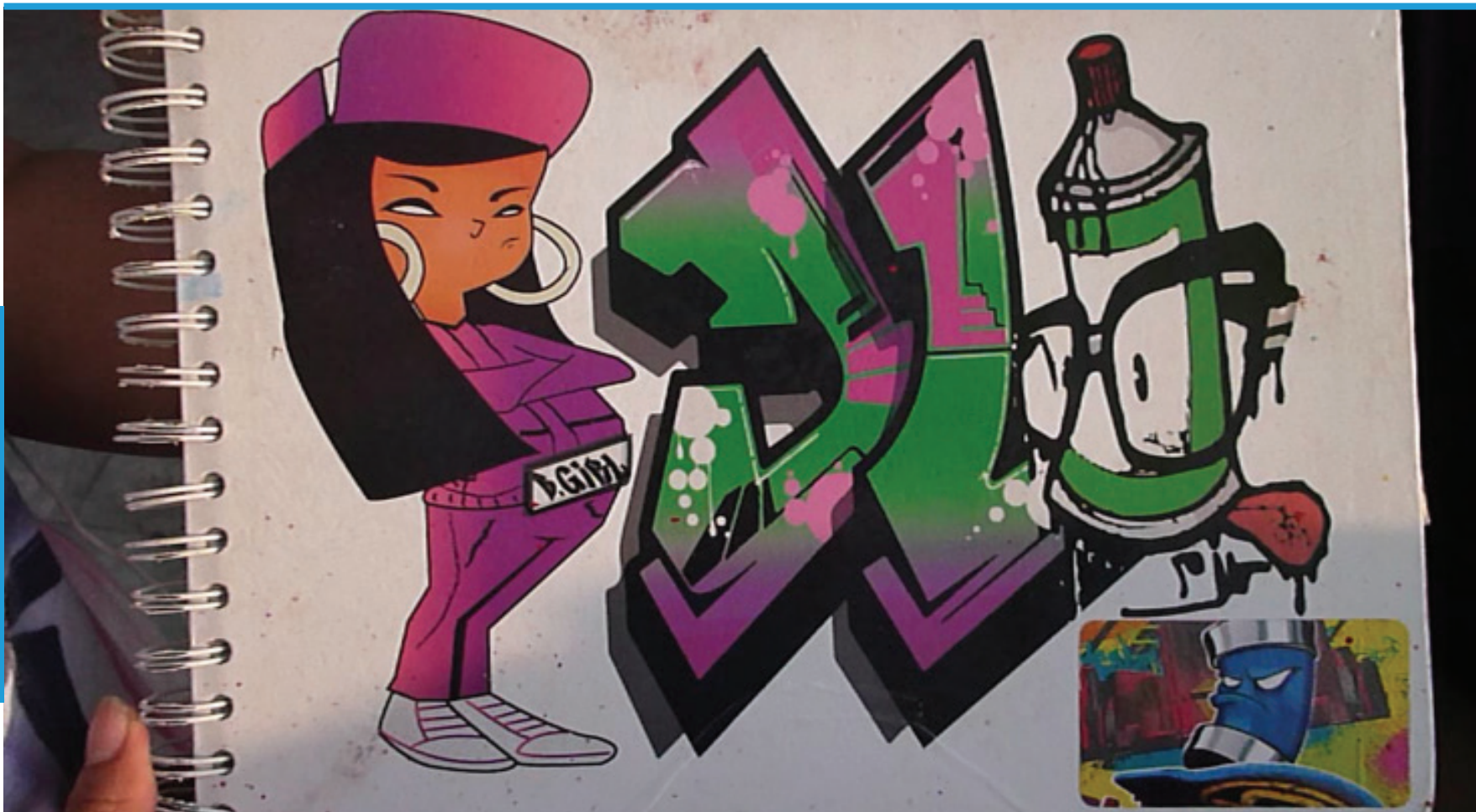
Más que graffiti, es amor



En las luchas por la visibilidad se manifiestan otras de igual o mayor importancia: ¿para qué disputarse un muro?, ¿qué se debe expresar?, ¿quién debe ver y entender el grafiti? Algunos escritores consideran que su arte debe estar abierto a toda la sociedad, por lo cual hay quienes se han trazado como propósito político lograr que la gente común comprenda lo que ellos hacen. Otros, por su parte, dirigen sus intervenciones hacia un público más reducido: amigos, conocidos o personas de otros crew¹³ que reconozcan su trabajo al transitar por las calles. Incluso, hay quienes elaboran sus graffitis solo para que otros grafiteros los vean y los reconozcan. Estas tensiones entre proyectos estéticos y políticos muestran que existen múltiples formas de construcción de lo público y, sobre todo, que las posiciones son cambiantes, por lo cual no es posible fijar identidades ni divisiones al interior del grupo; sólo hay momentos en los que se van tomando decisiones y, a la vez, materializando apuestas y proyectos a veces compartidos, a veces no tanto.

13. Grupo de writers, o escritores. Algunos rayan las iniciales de su crew junto con su tag. http://www.graffiti.org/faq/graffiti_glossary_es.html

Boceto de grafiti



- 14. Fragmento de entrevista, habitante de Bosa, 19 de Septiembre de 2013.
- 15. Fragmento de entrevista, joven grafitera, 19 de octubre de 2013.

De las luchas por la visibilidad a las luchas por el reconocimiento

Como se ha mencionado, la lucha por la visibilidad es uno de los motores que impulsan a los jóvenes a apropiarse del espacio público a través del grafiti, incluso a pesar de sus diferentes posiciones estéticas y políticas. Una de las tensiones que afrontan los escritores urbanos y que pone en cuestión el marco que define la construcción de las ciudadanía tiene que ver con la siguiente pregunta: ¿Los grafos, sus códigos y sus técnicas deben ser entendidos por todas las personas para que las prácticas de los escritores urbanos sean reconocidas socialmente como ejercicios de ciudadanía? El siguiente relato de un habitante de Bosa expone el problema en los términos en los que se vive el día a día: “realmente no entiendo cómo escriben ellos, cómo hacen sus cosas (...), por eso se llama grafiti: solamente ellos lo entienden y la persona que anda con ellos también. Lo único que digo es que le dan lustre a lo que hacen en los tejados, lo que sea. A unas partes le dan lustre. Eso a mí no me parece malo”¹⁴.

Esta persona sabe que existe el grafiti, pero desconoce sus códigos y su objetivo; esos que han generado posiciones y propuestas heterogéneas dentro de los colectivos de escritores. Al respecto, una grafitera de la localidad comentó: “yo a veces veo unos graffitis que digo ¡uish!, ¡qué guache!, ¡son muy buenos!, pero no entiendo nada de lo que dicen”¹⁵. Esto permite pensar que en ocasiones la importancia del grafiti trasciende la necesidad de transmitir un mensaje para, más bien, capturar miradas y producir sensaciones, impulsando la apertura de múltiples interpretaciones. Por ello, quizás no es necesario que los códigos del grafiti sean estrictamente interpretados, sino que permitan el reconocimiento de su autor o de su autora; de ese sujeto que es anónimo e indefinible, pero que al dejar su esencia impresa en un muro se hace presente en lo público y rompe con la cotidianidad para producir algo en el otro. Se trata de visibilizar una subjetividad clandestina, pero sensible, pensable y reconocible.



Crítica a los alimentos
transgénicos

En un recorrido nocturno que hicimos con un grupo de grafiteros buscando experimentar sus intervenciones ilegales en el espacio público, esperábamos que nos guiaran entre callejones solitarios y oscuros que nos permitieran mantenernos ocultos; al contrario, el recorrido se hizo por las avenidas principales porque su propósito era hacer visibles sus tags. Esto expresa el movimiento permanente entre visibilidad y clandestinidad que caracteriza a los grafiteros, como cuando una persona común y corriente que va por la calle de repente saca un marcador o una lata de spray, raya alguna superficie y sigue caminando como si nada. En un sentido similar, la visibilización que el grafitero hace desde su tag puede entenderse como una aprobación de sí mismo, esto es, como una forma de auto-reconocimiento; por ello, el tag es más que un alias: es una identificación, es una identidad social, es la forma en la que un escritor es visto por otros y por sí mismo.

Tag en un poste





En un recorrido nocturno que hicimos con un grupo de grafiteros buscando experimentar sus intervenciones ilegales en el espacio público, esperábamos que nos guiaran entre callejones solitarios y oscuros que nos permitieran mantenernos ocultos; al contrario, el recorrido se hizo por las avenidas principales porque su propósito era hacer visibles sus tags. Esto expresa el movimiento permanente entre visibilidad y clandestinidad que caracteriza a los grafiteros, como cuando una persona común y corriente que va por la calle de repente saca un marcador o una lata de spray, raya alguna superficie y sigue caminando como si nada. En un sentido similar, la visibilización que el grafitero hace desde su tag puede entenderse como una aprobación de sí mismo, esto es, como una forma de auto-reconocimiento; por ello, el tag es más que un alias: es una identificación, es una identidad social, es la forma en la que un escritor es visto por otros y por sí mismo.

La clandestinidad buscada por los escritores urbanos, la cual se manifiesta, además del tag, en la negativa a dejar que los rostros sean fotografiados, por ejemplo, o en el uso de accesorios o de gestos que permiten taparlos, obedece a la sospecha permanente que recae sobre sus cuerpos y sobre sus actos, en tanto éstos ponen en

Recorrido nocturno bombing



Intervención individual en espacio público (recorrido nocturno) _____

16. Ver: El rastro del montaje en el caso del grafitero Diego Felipe Becerra. El tiempo.com. 24 de agosto de 2013.
17. Ver: Denuncian asesinato de artista de grafiti y rap en el sur de Bogotá. El tiempo.com 8 de enero de 2014. Y, Familia de grafitero asesinado en Bogotá pide esclarecer homicidio. El tiempo.com. 9 de enero de 2014.
18. Ver: Justin Bieber y su polémica noche de grafiti. Revista semana.com. 31 de octubre de 2013.

el orden social establecido. Experiencias como las del grafitero Diego Felipe Becerra, quien fue asesinado el 19 de agosto de 2011 por agentes de la policía que encubrieron las pruebas del homicidio¹⁶, y la del rapero-grafitero Gerson Martínez, quien fue asesinado el 5 de enero de 2014 en los cerros surorientales de la ciudad y junto a quien se encontró un escudo de Bogotá Humana amarrado a un palo¹⁷, ponen en relevancia que la actividad del grafitero a veces significa un riesgo para su vida y, en consecuencia, la necesidad de cubrir su rostros para no ser identificable y así mantenerse vivo.

Además de estas persecuciones contra los escritores urbanos, aparecen otras experiencias que muestran cómo la ilegalidad del grafiti en el espacio público es objeto de interpretaciones maleables según las circunstancias y, en ocasiones, por parte de quienes tienen la responsabilidad de proteger los derechos de los ciudadanos. Ejemplo de esto fue el caso de un artista juvenil extranjero que hizo un grafiti sobre la calle 26 mientras era custodiado por agentes de la Policía.¹⁸ La pregunta que hicieron los jóvenes grafiteros tras conocer la noticia fue: ¿si hay protección policiaca para un artista extranjero por qué molestan, arrestan y asesinan a los artistas urbanos colombianos? Esta es una pregunta que debe motivar la discusión en torno al reconocimiento de la juventud grafitera en Bogotá.

Luchas estéticas



Sin embargo, frente a estos actos discriminatorios y violentos, los jóvenes raperos y grafiteros del sur de Bogotá han respondido de manera no-violenta, exigiendo el reconocimiento de la cultura juvenil del hip hop, y queriendo mostrar formas diferentes del ejercicio de la ciudadanía y de la apropiación del espacio público. A través de actividades artístico-políticas y tomas culturales, buscan rescatar la esencia de un movimiento que visibilice y defiend los derechos desde sub-versiones (versiones desde abajo y también contestatarias), cuestionando varios de los principios ciudadanos actualmente vigentes. Teniendo en cuenta esto, consideramos que el reconocimiento exigido por los escritores urbanos no implica solamente hacerse visibles ante los demás, sino, especialmente, posicionarse como una otredad que nos obliga a preguntarnos constantemente quién es el sujeto en cuestión (en este caso el escritor) y qué está expresando en la calle, sin que sea posible su encasillamiento en identidades preestablecidas. El campo de la discusión está abierto.

Homenaje a Diego Felipe Becerra



BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, N. (2008). Legalidad y legitimidad en el uso de la fuerza. Revistafride. Pp. 1-11. Madrid: España. Consultado en http://www.fride.org/descarga/COM_Legalidad_legitimidad_ESP_julo8.pdf

Bobbio, N. (1987). Teoría general de derecho. Bogotá: Temis.

Foucault, M. (1980). Microfísica del poder. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Honneth, A. (2010). Reconocimiento y menosprecio sobre la fundamentación normativa de una teoría social. Buenos aires: Katz.

Monsiváis, C. (2005). Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos, y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco. En Revista Nueva Sociedad. N°. 200, Noviembre-Diciembre. Pp.127-149.

Piña, Y (2007). Construcción de identidades (identificaciones) juveniles urbanas: movimiento cultural underground. El hip-hop en sectores populares Caraqueños. En Mato, D. y Maldonado, A. Cultura y Transformaciones sociales en tiempos de globalización. Perspectivas latinoamericanas. Pp. 163-180.

Reguillo, R. (2012). Culturas juveniles Formas políticas del desencanto. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Reina, C. et al. (2011). Historia, Memoria y Jóvenes en Bogotá: De las Culturas Juveniles urbanas de fines del siglo XX a las manifestaciones identitarias juveniles en el siglo XXI. Bogotá, Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte - Asociación Metalmorfosis Social.

Vázquez, B. y Pérez, C. (2009). Nuevas identidades – otras ciudadanías. En Revista de Ciencias Sociales, Vol. XV, No. 4, Octubre-Diciembre (pp. 653-667).

CAPÍTULO 2

Cruzando murallas desde el San Bernardo:
más allá de los imaginarios de microtráfico,
consumo y miedo

***“Investigamos sobre nuestras vidas y las de otros en el barrio,
para contarle a la gente que somos más que drogadictos.”***

Integrante del Semillero de Investigación, 2013

19. Audiovisual disponible en www.idipron.gov.co
20. A lo largo de este capítulo se introducen frases de los jóvenes con los que trabajamos, así como rimas de sus composiciones, con el propósito de tejerlas con nuestras propias voces. Siempre se encontrarán en letra cursiva.
21. Empresa de Transporte Tercer Milenio S.A. Es el sistema de transporte masivo de la ciudad de Bogotá.

Reconocernos desde el San Bernado, o, mejor, desde el Samber, un barrio ubicado en el centro bogotano y que en los imaginarios sociales aparece como una de las ollas o centro del microtráfico de sustancias psicoactivas más importantes de la ciudad, nos llevó a cuestionar las formas de segregación y criminalización que se ejercen sobre algunos jóvenes, así como el impacto que en ellos han tenido los procesos de renovación urbana vividos en los últimos años en Bogotá. También permitió la producción del audiovisual “Esencia real del Samber”¹⁹; a través del cual los jóvenes con quienes trabajamos muestran el barrio desde sus recorridos, en sus propias voces y con sus imágenes.

En los noventa, durante la administración de Enrique Peñalosa, el centro bogotano tuvo una de sus mayores transformaciones. El arrasamiento del barrio Santa Inés, más conocido como El Cartucho, y la posterior construcción del Parque Tercer Milenio, es una muestra clara de cómo las memorias son atravesadas por lo político y de cómo unos pocos se creen con el poder de edificar una sola memoria colectiva borrando y limpiando lo sucio, excluyendo y desapareciendo lo que para ellos no puede ser. Sin embargo, problemáticas como la habitanza de y en calle o el microtráfico de sustancias psicoactivas no se resuelven con la destrucción de vidas que esta sociedad va naturalizando como anónimas. Por ello, en territorios cercanos al Parque Tercer Milenio, como El Bronx y el San Bernardo, la vida se sigue abriendo paso entre el temor y la muerte causados por el recuerdo y la experiencia de las políticas de borrado. El Cartucho lo fueron tumbando poco a poco así como están haciendo con el Samber, ¿Si ha visto que ya derrumbaron unas casas viejitas que había por la sexta? Eso es impunidad porque están sacando a la gente de su barrio, familias que llevan muchos años ahí.²⁰

Cuando decidimos trabajar en el Samber y en sus entornos, los imaginarios vigentes de consumo y de miedo, así como sus efectos, fueron motivando preguntas, temores y discusiones. Observar el Parque Tercer Milenio, la fase del Transmilenio²¹ que cruza la carrera décima y las primeras casas que por ello fueron demolidas en el barrio, despertó nuestro interés sobre el lugar que este territorio ocupa en la ciudad. Caminarlo, sentirlo en su cotidianidad, leerlo desde los medios de comunicación y escucharlo en las voces de diversos actores de la ciudad, nos llevó a plantear las siguientes preguntas de investigación: ¿Qué sustenta los imaginarios de miedo sobre el Samber? y ¿qué efectos tienen en la construcción de ciudadanía juveniles en el territorio?



Silencios,
recordando
a algunos
socios

La delincuencia que vive entre las ruinas es el énfasis que los medios de comunicación hacen cuando hablan del Samber, mientras presentan imágenes que lo exhiben como un sector peligroso y dominado por el microtráfico: “uno de los cartuchos que quedó”. En este contexto, nos interesa articular sensaciones, narraciones e imágenes para develar el San Bernardo en su complejidad. Se trata de mostrar espacios cotidianos importantes en la construcción de ciudadanías juveniles, así como las luchas por su uso y, en suma, por el derecho a la ciudad. Esto, dando cuenta de las articulaciones existentes entre prácticas directamente asociadas al microtráfico y dinámicas propias de un barrio popular bogotano; unas y otras incidiendo en las vidas y percepciones de los jóvenes, y, a la vez, siendo afectadas por ellos.

Miedos profundos, miedos cotidianos

El parque Tercer Milenio es tierra santa, cuando estaba El Cartucho era una zona de guerra. El barrio San Bernardo, uno de los más antiguos del centro de Bogotá, está enrerado con recuerdos y fantasmas de El Cartucho, no solo porque espacialmente es contiguo, sino porque tras la desaparición de esa zona algunos de sus habitantes y dinámicas se trasladaron al barrio. ¡Bueno sí, primero que todo muy buenas tardes!... narrando la vida en las calles, de El Cartucho al San Bernardo, como no... Las infancias de algunos jóvenes que crecieron en El Cartucho y que hoy viven en el Samber expresan las ausencias de muchos socios que murieron y que también marcan a otros que, aunque siempre han vivido en el San Bernardo, establecieron vínculos con el que antes era su barrio vecino.

Ausencias que cobran vida en las narraciones, en las esquinas y en el cemento del Parque Tercer Milenio. Aunque para muchos se trata de un espacio desolado, para quienes conocieron el barrio Santa Inés y transitaron por sus calles guarda memorias que perduran y que, dada su importancia, se han convertido en motivo de rituales puestos en escena en las visitas que los jóvenes hacen a las almitas todos los lunes en el Cementerio Central.

Visitando a los finados que pasaron al otro lado, que no se han olvidado, dentro al cementerio, con sentimiento la lápida les he golpeado, con una vela homenajeadado, en un punto nublado, los familiares de algunos han quedado, socios sepultados que el cuerpo está descompuesto, pero por supuesto, están en el otro mundo conociendo al sujeto de arriba o a lucifer de momento, a todos mis parceros les canto a los socios que en el cajón están acostados.

Ausencias que cobran vida en las narraciones, en las esquinas y en el cemento del Parque Tercer Milenio. Aunque para muchos se trata de un espacio desolado, para quienes conocieron el barrio Santa Inés y transitaron por sus calles guarda memorias que perduran y que, dada su importancia, se han convertido en motivo de rituales puestos en escena en las visitas que los jóvenes hacen a las almitas todos los lunes en el Cementerio Central.

Visitando a los finados que pasaron al otro lado, que no se han olvidado, dentro al cementerio, con sentimiento la lápida les he golpeado, con una vela homenajeado, en un punto nublado, los familiares de algunos han quedado, socios sepultados que el cuerpo está descompuesto, pero por supuesto, están en el otro mundo conociendo al sujeto de arriba o a lucifer de momento, a todos mis parceros les canto a los socios que en el cajón están acostados.

**Sobre un lugar sagrado,
donde murió mucha gente**

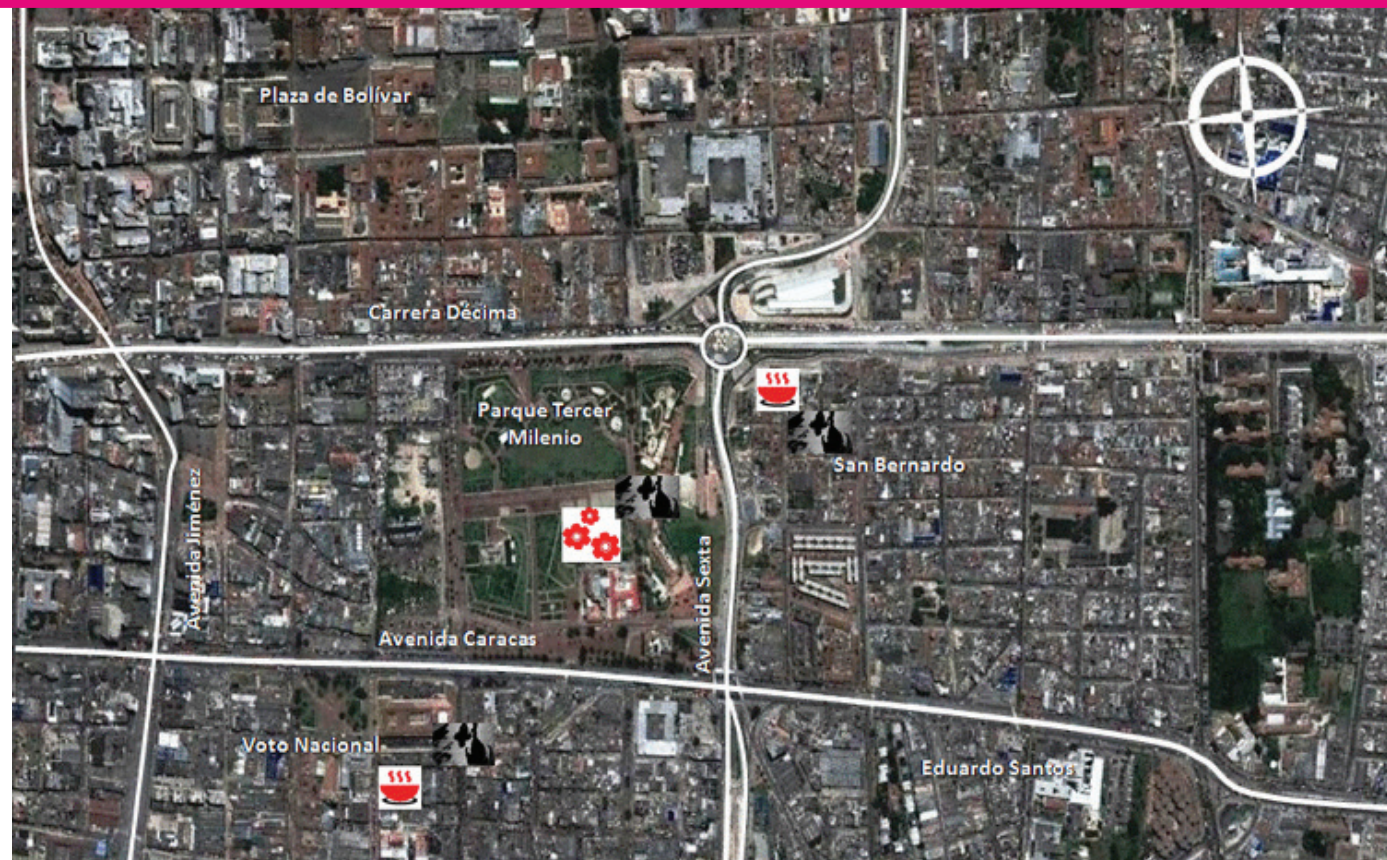


22. El Bronx es una zona del centro de la ciudad en la que conviven el microtráfico de sustancias psicoativas, la prostitución, la habitancia de calle y la vida cotidiana. A lo largo del 2013 fue objeto de varias intervenciones por parte de la Policía y de diversas entidades distritales, las cuales tuvieron como propósito la puesta en marcha tanto de políticas de seguridad como de restitución de derechos.

En los medios de comunicación se asume al San Bernardo como una extensión de El Cartucho; también es frecuente que las personas hagan referencia al Samber con expresiones como “lo que quedó de El Cartucho”, asociando al territorio con una imagen de deterioro y de ruina que, además, revive las sensaciones que producía ese lugar en tanto se representaba como un foco de peligro en la ciudad. En una misma línea, las más recientes intervenciones en el Bronx²², pusieron en escena al San Bernardo como el lugar donde se trasladaron las dinámicas de este territorio; la relación se hace por las prácticas que en común guardan los dos escenarios y por su cercanía a nivel espacial. El Bronx es solo olla, el Samber es un barrio, en cada lado es cada quien en lo suyo, nadie se mete con nadie. A través de esa relación entre El Cartucho, El Bronx y el Samber, se va dando forma a una serte de Triángulo de las Bermudas que define uno de los circuito de microtráfico más reconocidos en el Centro de la Ciudad; una triada de estructura profundamente arraigada en el tiempo y en el espacio.



Triada del microtráfico en el centro de la ciudad



Se van así construyendo dicotomías como legal/ilegal, limpio/sucio, orden/desorden que excluyen al San Bernardo de la estética ideal de la ciudad. De hecho, hay quienes evitan transitar por las cercanías al lugar dado el deterioro arquitectónico que sobresale en contraste con la estructura moderna del Parque Tercer Milenio: construcciones antiguas en ruinas deshabitadas y muros teñidos de negro por las fogatas realizadas en el habitar la calle; un contraste entre sucio y deteriorado y ordenado y moderno que legitima el discurso de limpieza y renovación urbana en el centro bogotano; cuerpos que circulan en el anonimato y que revelan en sus rostros, que pocos ven, la no existencia que se les va imponiendo a través de miradas, gestos y categorías que dan forma a una deshumanización que muchos, desafortunadamente, se han creído... aquí soy destinado, en la olla ya formado, desde chinche ya robando y lanciando conociendo muchas gentes, el ratero y otros que eran más calientes, siempre me decían: que era un delincuente, siempre al frente, es solo de tener suerte, tienes que pisar duro, si no te dan de muerte.

**Observando el
San Bernardo desde el
parque Tercer Milenio**



Aunque muchos bogotanos se sienten inseguros en cercanías al Samber, la mayoría no cuenta con una experiencia propia que sostenga tal sensación, pero sí con historias narradas por otros que van marcando y delimitando cuerpos, espacios y trayectorias. Se trata de una sensación que se configura desde el miedo y que, basada en diferencias sociales, económicas, estéticas y políticas que incomodan, dibujan un Otro que las representa y que al hacerlo se asume como indeseable. Un Otro que es rechazado, expulsado del orden social y confinado a ciertos límites territoriales. Es la otredad del modelo ideal, del deber ser de los ciudadanos, es la otredad de la ciudad. Las fronteras establecidas a partir del miedo hacen parte de la propia historia e identidad y por ello los jóvenes del barrio las viven y las reproducen. Cuando fui por allá a la 184, allá si lo miran a uno feo, si uno no quiere que lo miren así le toca ponerse otra ropa, porque cuando yo iba así, eso lo miraban mal a uno, se mareaban como si uno los fuera a robar.

Aunque el miedo se sostiene en el peligro que simbólicamente representan los imaginarios de ollas en Bogotá, en el territorio éste fluye de maneras distintas, transitando entre lo simbólico y lo real, marcando los cuerpos, transformándose, apareciendo y desapareciendo. En este contexto los miedos no son tan fáciles de definir y se re-produce en marcas, imágenes y recuerdos. Sé qué es la calle: ver morir a los socios del Valle, y el raya me dijo: es mejor que se calle; se calentaba el barrio, muy visageado, en severo calentao, mejor no estar afuera.

Los miedos también se experimentan según las significaciones que adquieren en la calle y en la olla desde las experiencias particulares; por ejemplo, los jóvenes del barrio se mueven con confianza, pues la mayoría ha vivido allí toda su vida; no obstante, a veces preferirían ni siquiera tocar su suelo.

Faltan muchas cosas pa' que se acabe esta vuelta de la guerra, matanzas y matanzas que solo quieren fumar ganya, esto es una vida insegura, solo por parcharla, once de la noche, la banda reunida, el socio que para la farra el salía, una camioneta roja y otra está negra vestida del vidrio polarizado, el que está en la camioneta, el fierro va sacando, no sé si es un raya o de momento es un sicario, pero de correr yo ya estoy, cuando me devuelvo el socio en la avenida está tirado así como dice el dicho, lo dejaron vestido y alborotado.

El samber es un territorio complejo donde conocer a otros y ser conocido es importante, y aunque hay partes residenciales y comerciales que son tranquilas, en cercanías al expendio de drogas y en el expendio mismo la tensión y la calentura aumentan. Dadas las circunstancias de microtráfico, los conflictos son parte de la normalidad y marcan las rutinas del barrio determinando, por ejemplo, los horarios de llegada a la casa, dado que es en las madrugadas cuando se presentan las riñas, y las zonas que pueden ser o no transitadas y por quiénes. Un día robaron a un señor, pero era temprano, siete de la noche, cómo lo van a robar a esa hora, eso que sea por allá a media noche, esa hora si es peligrosa, pero a las siete no, si a esa hora llega la gente de trabajar. El miedo cotidiano resultado de los conflictos territoriales también tiene efectos en la posibilidad de estar o no en determinado espacio. Por ejemplo, algunos jóvenes deben desplazarse hacia otros barrios o restringir su paso por ciertas calles porque están en conflicto con otros actores; esto sucede cuando no se cumplen acuerdos de palabra o cuando hay conflictos con familiares.

El respeto a la ley del silencio y el valor que ha sido otorgado a la palabra se configuran como asuntos fundamentales para preservar la vida en este territorio, en el cual se muere el que es faltón, el que no cumple con su palabra. Esto va implementando una dinámica de control sobre el territorio y, especialmente, sobre la vida y muerte de sus habitantes, que hace del miedo y también de la lealtad, principios vitales. La ley del silencio evidentemente funciona, dado que nadie se atreve a romperla. Todas estas son prácticas de miedo que producen fronteras territoriales definiendo el uso de los espacios y estableciendo límites identitarios. Prácticas impuestas contra las cuales también se resisten algunos jóvenes en su cotidianidad, mientras van tejiendo memorias que también hablan de ausencias porque la muerte ha marcado las calles y sus vidas.

Territorializando al Samber desde adentro y desde afuera

Los jóvenes del Samber con quienes trabajamos son creativos, comprometidos, arriesgados, fuertes y leales, y saben cómo moverse y sobrevivir en la calentura. En el barrio, los jóvenes suelen parchar en grupo; de hecho cuentan algunos adultos que esto hace parte de una tradición que ha pasado de generación en generación: “nosotros éramos así, juntos para un lado y para otro, todos, desde chinches; siempre en el parque nos sentábamos a contar historias de terror de las casas, más



En las calles del San Bernardo

23. Fragmento de entrevista, adulto del
San Bernardo, enero de 2014.

que todo de las que asustan, nos quedábamos hasta tarde, así crecimos juntos y nos ayudamos entre nosotros mismos”²³ Permanecer juntos constituye un ejercicio de supervivencia y una estrategia para el rebusque en la ciudad, como cuando se comparte un bafle para cantar en el transporte público.

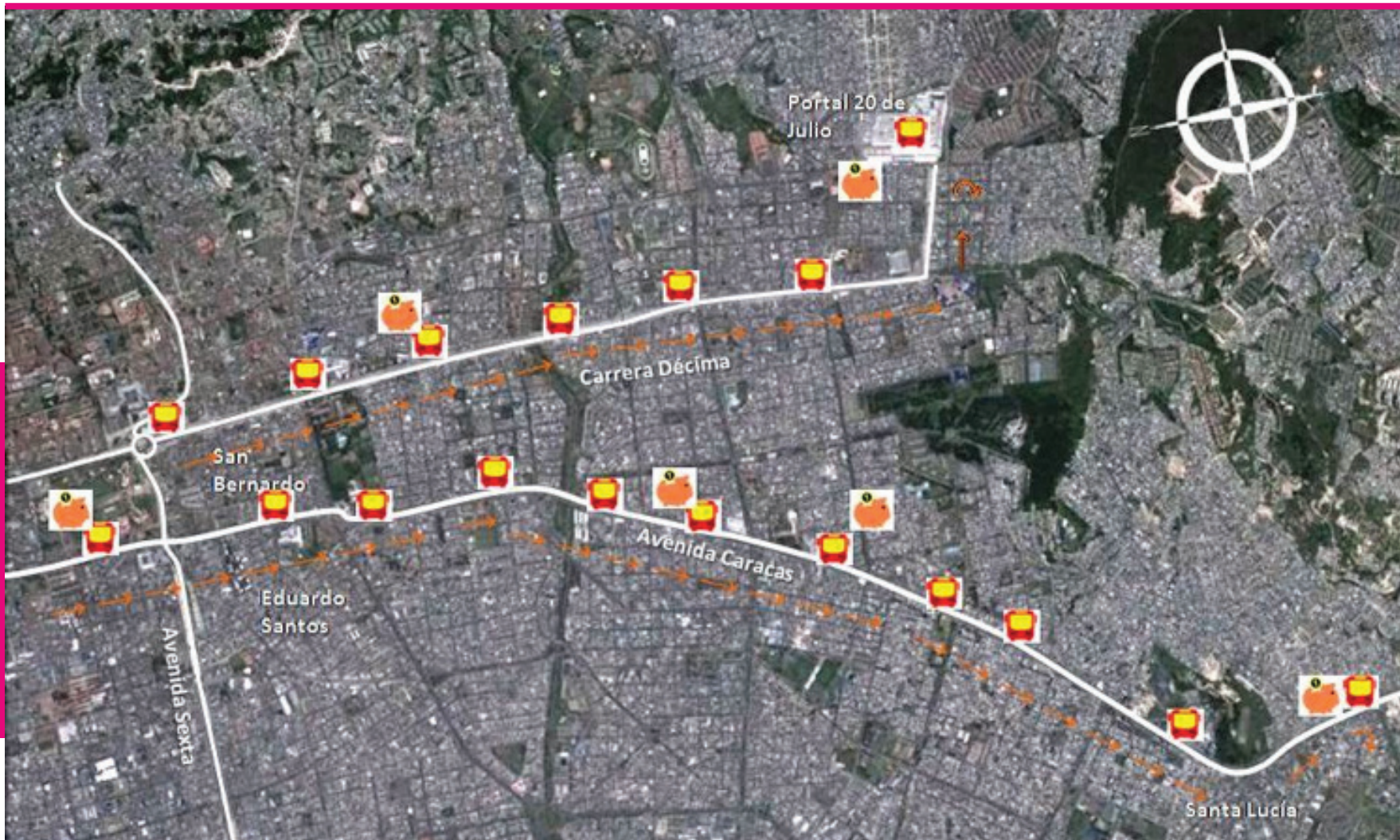
Es que la ciudad es un territorio de frío y de candela... es una selva de cemento. Por ejemplo, el sistema Transmilenio ha constituido un escenario de expulsión, dado que allí lo jóvenes rompen con el orden establecido incomodando a quienes los escuchan e ingresando colados:

Eran las dos de la tarde cuando nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad en el bus rojo por la Av. Caracas, mientras escuchábamos la voz del Tinieblas, quien nos narraba a través de unas rimas su día a día en las calles de El Cartucho y del Samber. En una de las estaciones de Transmilenio, un Policía-bachiller abordó el articulado y silenció al Tinieblas, nos bajó de dicho transporte, luego le solicitó sus documentos y le dijo que tenía que salir. Tinieblas le dijo que lo dejara camellar²⁴, pero el auxiliar bachiller arrojó su documento de identificación fuera de la estación y Tinieblas no tuvo más remedio que salir a recogerlo²⁵.

Los recorridos en Transmilenio

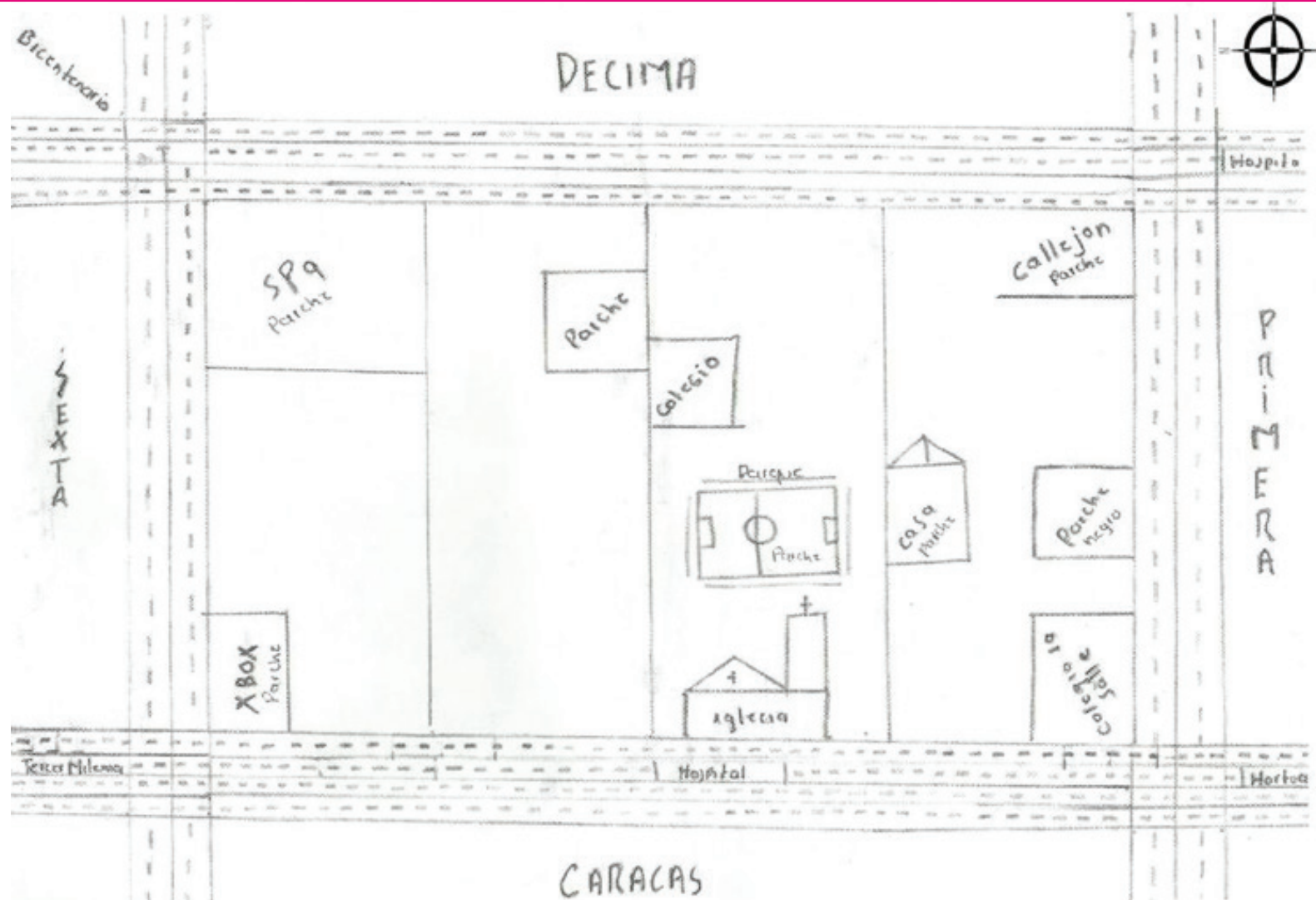
24. Trabajar.

25. Fragmento de diario de campo, Equipo de investigación, noviembre de 2013.



Los viajes en Transmilenio hacen parte de las geografías que los jóvenes tejen en las trayectorias que dibujan sus pasos, sus cuerpos y sus narrativas, fluyendo principalmente entre el centro y el sur de la ciudad. Así van construyendo sus territorios a través de un conjunto de referencias, rutas y símbolos que son dinámicos y que determinan sus decisiones de desplazamiento. Por ejemplo, tienen una conexión muy fuerte con el Parque Tercer Milenio y el barrio Las Cruces, pero no ingresan a El Bronx ni al barrio Eduardo Santos. Las visitas a los cementerios Central, el Apogeo y Matatigres hacen parte de sus trayectos cotidianos y también suelen moverse por la carrera décima hacia el barrio Las Cruces, a donde van los fines de semana a farrear porque en el Samber, dicen, dan mucha boleta.

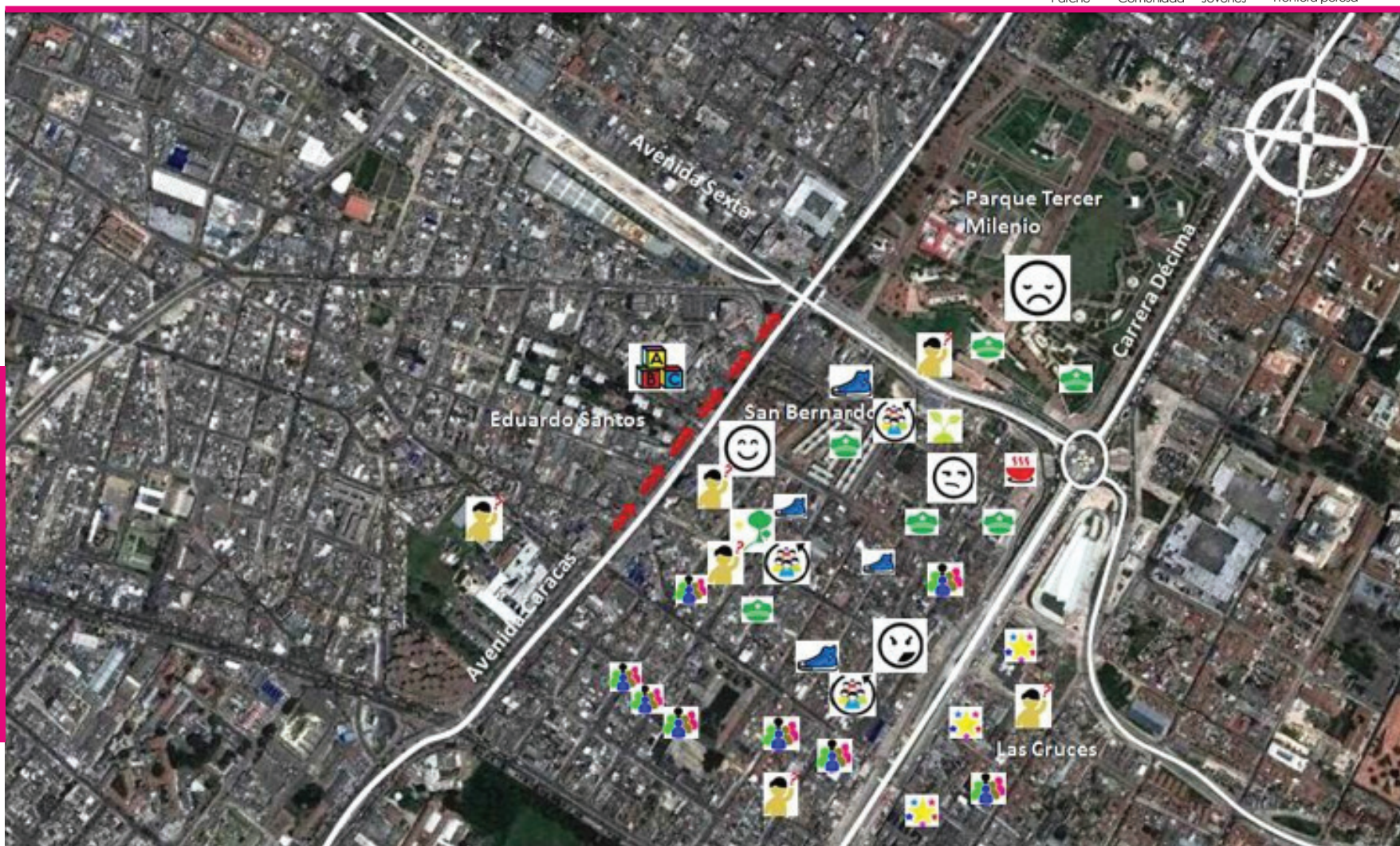
El Barrio San Bernardo



Ser expulsados por parte de la Policía de una esquina, de la calle o de un parque constituye una acción arbitraria de negación del derecho a la ciudad, pero es una práctica tan sdo naturalizada por parte de la mayoría de los jóvenes del Samber que casi ninguno se rehúsa a retirarse cuando se lo exigen:

*Una tarde en el parque conversábamos con algunos jóvenes y nadie estaba consumiendo ningún tipo de droga; de repente llegaron dos policías en una moto: - ¿QUÉ ESTÁN HACIENDO? – preguntó uno de ellos en tono fuerte. - Buenas tardes, estamos conversando – le respondimos. ¡NO PUEDEN ESTAR AQUÍ! Le preguntamos ¿por qué? ¡SOLO NO PUEDEN ESTAR AQUÍ, SE VAN, SE VAN, SE VAN!*²⁶

26. Fragmento de diario de campo, Equipo de investigación, noviembre de 2013.



27. Ver: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/Ediciones/108/13.html>
28. Ver: <http://www.rcnradio.com/noticias/la-olla-no-mencionada-en-bogota-71591>

Diversas dinámicas se entrelazan cotidianamente en el San Bernardo y entre la gente que lo habita, dando forma a múltiples formas de vivir, de concebir al otro y de ver el mundo. No obstante, el territorio puede dibujarse desde las fronteras existente entre dos espacios específicos y las prácticas de apropiación que en ellos se desarrollan: el primero directamente asociado al microtráfico de sustancias psicoactivas y el segundo definido por las dinámicas características de un barrio popular bogotano. Estos dos espacios se diferencian tanto física como simbólicamente, pero también tienen puntos de intersección expresados tanto en las prácticas de consumo de drogas por parte de los jóvenes como en las prácticas de control territorial ejercidas por las redes del microtráfico.

El primer espacio, el del microtráfico, es el que sobresale en los imaginarios de miedo que la ciudad tiene del San Bernardo; esta es la parte más antigua del barrio, así que el deterioro arquitectónico refuerza las representaciones de desorden, suciedad y delincuencia. De hecho, la imagen de una de las calles de este lado del Samber fue utilizada por el Centro de Estudio y Análisis en Convivencia y Seguridad Ciudadana, CEACSC, de la Secretaría Distrital de Gobierno de Bogotá en un mapeo de “puntos trampa en Bogotá” que se titula: “Geografía del crimen en Bogotá”²⁷. Lo que llama la atención es que en este artículo el barrio San Bernardo nunca se menciona. ¿Cuál sería la intención, entonces, de publicar esta fotografía del Samber?. Estas formas de visibilizar el miedo o el peligro van aportando a la construcción del imaginario sobre el territorio, produciendo miedos y, peor aún, estigmas hacia sus habitantes.

En este espacio se conocen unos con otros y es evidente cuando llega alguien nuevo. Allí viven habitantes de calle y es frecuente encontrar personas en las esquinas o sentados en los andenes echando pegante o carrazos; por lo general cada quien está en su viaje y no se mete con nadie. Este es el Samber que llama la atención de los medios de comunicación, los cuales lo definen, por ejemplo, como “la olla no mencionada en Bogotá”, como “un punto de distribución de drogas y albergue de delincuentes”, como una zona que “al igual que el Bronx y El Cartucho, tiene su sistema de campaneros y sayayines que avisan y cuidan por si viene la Policía o la competencia”²⁸.

Pero en el Samber también se construyen relaciones entre vecinos y existen grandes casas --unas más antiguas que otras--, una iglesia frente al parque que está recién

remodelado y varias tiendas donde los adultos mayores comparten echando pola, tal y como lo hacían antes, cuando no tenían televisor en sus hogares y entonces se reunían en la tienda para ver noticias y novelas. Esto muestra que aún existe familias que habitan el barrio desde hace muchos años, que se conocen y que han construido amistades, así como relaciones solidarias que les han ayudado a sobrevivir en las dificultades cotidianas.

Parchando con el socio del bicitaxi



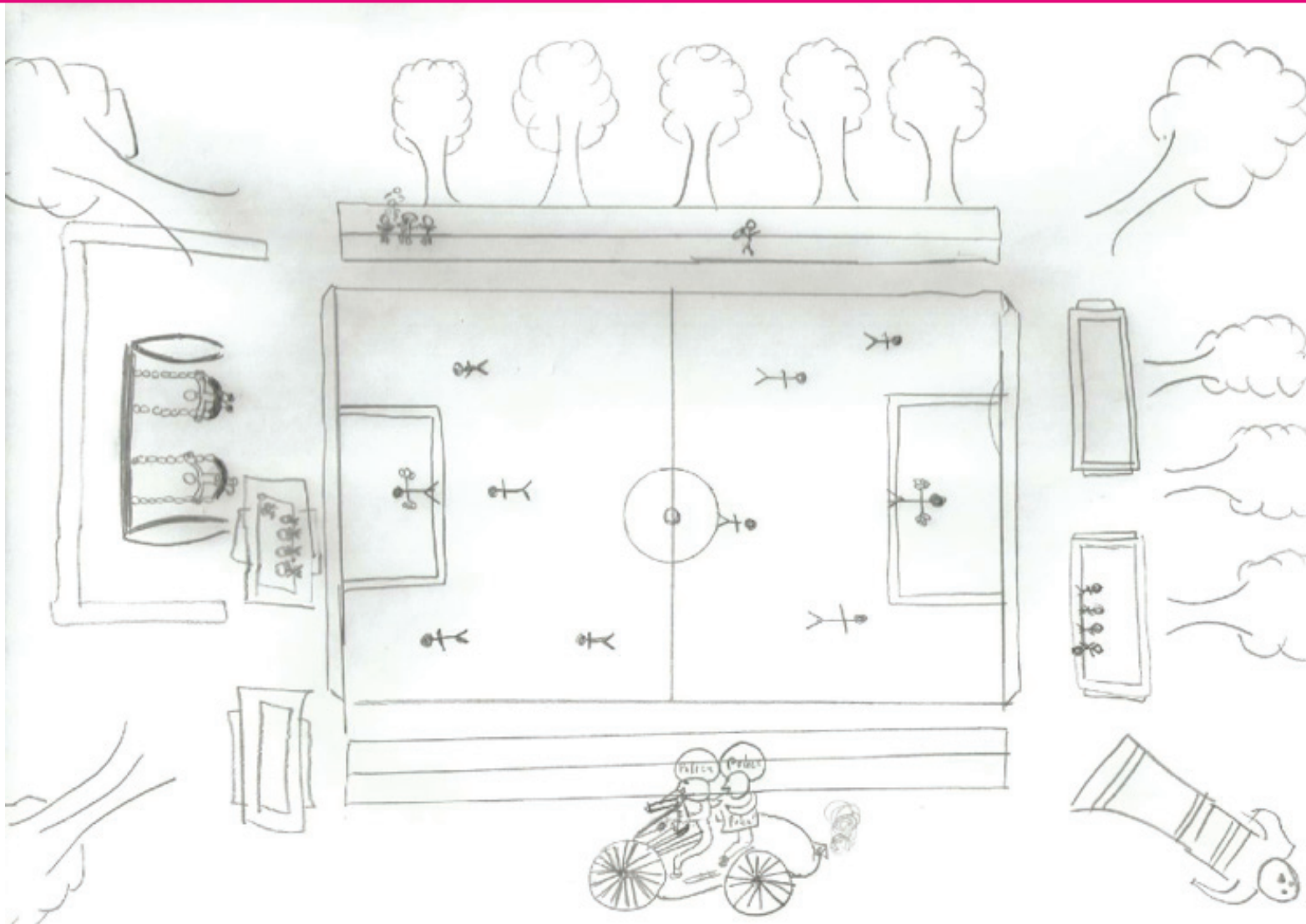
El parque central del San Bernardo es un espacio de encuentros y desencuentros entre diferentes actores, especialmente porque allí se entrecruzan las dinámicas barriales con las del microtráfico. Por ejemplo, en las mañanas el parque es un lugar de esparcimiento para los adultos mayores, mientras que en los fines de semana el microfútbol concentra la atención y atrae a personas de otros sectores de la ciudad con el desarrollo de diferentes campeonatos. Además es un espacio apropiado por los jóvenes para parchar. En él también se desarrollan prácticas de consumo de drogas por parte de algunos jóvenes, tanto del barrio como del vecino Eduardo Santos, y variadas acciones artísticas.

Break Dance en el asfalto



Cuando la cancha estaba fea, sucia y sin arreglar nadie nos decía nada, pero después de que pusieron los juegos y arreglaron la cancha ya no nos dejan estar ahí... Hemos experimentado el ejercicio de poder y control de este espacio por parte de la Policía luego de las mejoras que le han hecho al parque. Parchar se ha vuelto motivo de una constante persecución por parte de la Policía, tal y como sucede en el Parque Tercer Milenio. Es probable que en otro contexto la autoridad no le negaría a estos jóvenes el derecho a conversar en el parque porque sus prácticas juveniles se corresponderían con el orden social vigente.

El parque del San Bernardo



Relaciones intersubjetivas y ciudadanías juveniles

Para los jóvenes con quienes trabajamos, el Samber es un territorio donde hay que actuar con cuidado y respetando al otro, pues aunque no se pueden desconocer las normas establecidas por las redes del microtráfico, cada quien es libre de ser y de hacer lo que le parezca, siempre y cuando sea parte del barrio. De esta manera, a pesar de que se tienen claras las normas instauradas y aseguradas por quienes controlan el territorio, los jóvenes activan resistencias cuando actúan bajo sus propias convicciones y de acuerdo a lo que han ido construyendo y aprendiendo en el transcurso de sus vidas. Al final, según ellos, uno mira como hace sus cosas. Sin embargo, dicen, el que llegua al territorio tiene que aprender las reglas vigentes y aceptarlas, así que poco a poco se le van enseñando. Por ahí pasan con ganas de robar y tan pronto se dan cuenta de que uno los está viendo se hacen los locos; uno les recuerda lo que no puede hacer.

Por otro lado, estos jóvenes han tomado la decisión de no agredir a las mujeres; ellos afirman que jamás las han herido ni serían capaces de hacerlo porque recuerdan que una mujer les dio la vida, que hay que respetar a los mayores y a las mamás, y que no se puede robar a las mujeres embarazadas, con niños, discapacitadas o ancianas... porque la mujer es como el mundo: el mundo da frutos, la mujer construye personas. También manifiestan sentir respeto por quienes despiertan cada día y al intentar mirar su techo ven el cielo, pues consideran que sus circunstancias son muy difíciles; para ellos los habitantes de calle enfrentan no solamente la exclusión, sino que además se hacen daño a ellos mismos con las sustancias que consumen. La señora de la tienda les vende cigarrillos, ellos van y la visitan ya se conocen, no le dejan desorden al frente de la tienda, y hay veces que le piden una escoba para echarle una barrida al andén.

Como se ha percibido, los jóvenes expresan sus experiencias y sentimientos a través del hip hop, el cual es considerado por algunos la mejor manera de ser escuchados y también rechazados. Esa es su forma de contarles a otros sobre sus vidas y es una alternativa de trabajo. A través del rap ellos revelan que sus vidas son complejas, que consumen drogas pero que eso no significa que le hagan daño a los demás ni, mucho menos, que sean peligrosos o delincuentes. Cuando escriben y cantan las canciones hacen catarsis, construyen un espacio íntimo para el desahogo, libre de miedos, y dibujan una estrategia para no callar la indignación frente a la

impunidad. La escritura y el canto son, entonces, herramientas para la resistencia, para contar lo que la ley del silencio ha callado en el territorio y para hacerlo público frente a la ciudad en el transporte urbano, logrando que el miedo a ser silenciados desaparezca por un momento.

Es percibible el impulso físico y emocional que despierta en ellos esta expresión del arte urbano. Es evidente el lazo que los une a otros en una motivación de narrar lo que se siente: movimientos al ritmo de la pista, palabras agudas y críticas que acompañan las rimas, que hablan de sus vidas, de sus amores y desamores, de sus alegrías, logros, sueños y tristezas; recuerdos de épocas que quedaron en sus memorias, momentos de encierro, de soledad; reflexiones sobre sus experiencias y sobre lo que quisieran para otros, por ejemplo, para los chinchés en los que dicen verse reflejados.

*Un nuevo despertar, la misma rutina, lágrimas y odio mezclados con alegría,
sentimientos encontrados, recuerdo de malos tratos que en mi mente han
quedado, en el pasado varios años por la calle caminando y sigo yo pensando
que parte de mi vida en El Cartucho ha quedado.*

*El respeto pa' mí quieto, solo interpreto, con nadie yo me meto, vivo en el centro,
por las mañanas salgo a fumarme un bareto, en la esquina y el 38 en la avenida,
es lo que se ve todos los días, en tus mismas calles, en tus mismas avenidas, los
chinchés ya son rayos, con juguetes en la mano, solo rap hispano colombiano, la
buena pa mi hermano.*

*Paso el mundo solo yo comando, rapeo y con talento, yo lo intento, yo lo respeto,
pero no invento, y le cuento lo que pasa a diario, el fierro y el sicario, en tus
mismos barrios, acecha la maldad, es la triste verdad, muchos asesinos en tu
ciudad, no se puede confiar, pero sí pensar, solo soy vocero de mi gueto, rapeo y
palabreo, solo Hip Hop con respeto, yo no copeo, si se pone de bulloso yo le
hago el feo, la vida en la calle: somos indomables no nos pueden parar ni con
gases inflamables.*

*Día a día en el vecindario, para unos bien para otros un calvario, el diablo en la
mente de algunos desquiciando, arrebatando, mal obrando, recordando el
hecho, ahora pagando es el precio alcanzado, por no haber pensado, acabado
anestesiado, quién le ha brindado, que sea bien perchado, ahora rotulado, su
corazón ha cambiado, y si es así, ¿a quién le ha importado?, arrasando con todo
lo bueno, para él es como un juego.*

BIBLIOGRAFÍA

OTRAS FUENTES

<http://www.caracol.com.co/noticias/bogota/denuncian-que-bogota-tiene-cuatro-cartuchos-y-ocho-grandes-ollas-del-narcomenudeo/20110905/nota/1542124.aspx>

<http://www.rcnradio.com/noticias/la-olla-no-mencionada-en-bogota-71591>

<http://www.lacarinosa.com/tenebrosa-olla-de-vicio-donde-practicaban-poligono-fue-desmantelada-en-el-barrio-san-bernando/>

Albet, A. y Benach, N. (2012). Doreen Massey: Un sentido global del lugar. Barcelona: Icaria editorial.

Bernal, C. (1998). Historias Barriales: Barrio San Bernardo. Bogotá.

Caldeira, T. (2010). Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil. Madrid: Kats editores.

Carrión, F. y Nuñez, J. (2006). La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo. Chile: Revista Eure.

Góngora, A. y Suárez, C. (2008). Por una Bogotá sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana. Colombia: Universitat Humanística.

Lindon, A. (2008). Violencia/Miedo, espacialidades y ciudad. México: Difusión cultural UAM.

Niño, S. (2002). Eco del miedo en Santafé de Bogotá e imaginarios de sus ciudadanos. En El Miedo Reflexiones Sobre Su Dimensión Social y Cultural. Colombia: Corporación Región.

Nogué, J. y Romero, J. (2006). La ciudad y el miedo. En Las otras geografías. Valencia: Tirant lo Blanch.

Robledo, A. y Rodríguez, P. (2008). Emergencia del Sujeto excluido. Aproximación Genealógica a la NO – Ciudad en Bogotá. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Rojas, C. (1996). La violencia Llamada Limpieza Social. Bogotá: CINEP.

Rotker, S. Ed. (2000). Ciudadanías del Miedo. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

Rubio, R. (2000). Consumo y territorio: antecedentes teóricos para el estudio de nuevas formas de segregación socioespacial. Chile: Revista de Geografía Norte Grande. 27. Pp. 181-187.

Salcedo, A. (1996). La cultura del miedo: La violencia en la ciudad. Colombia

Santos, B. (2009). Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social. México D.F: Siglo veintiuno editores - Clacso.

Silva, A. (2001). Imaginarios Urbanos. Sao Paulo: Perspectiva. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Suárez, C. (2010). Renovación urbana. ¿Una respuesta al pánico moral?. Territorios. 22. Pp. III - 124.

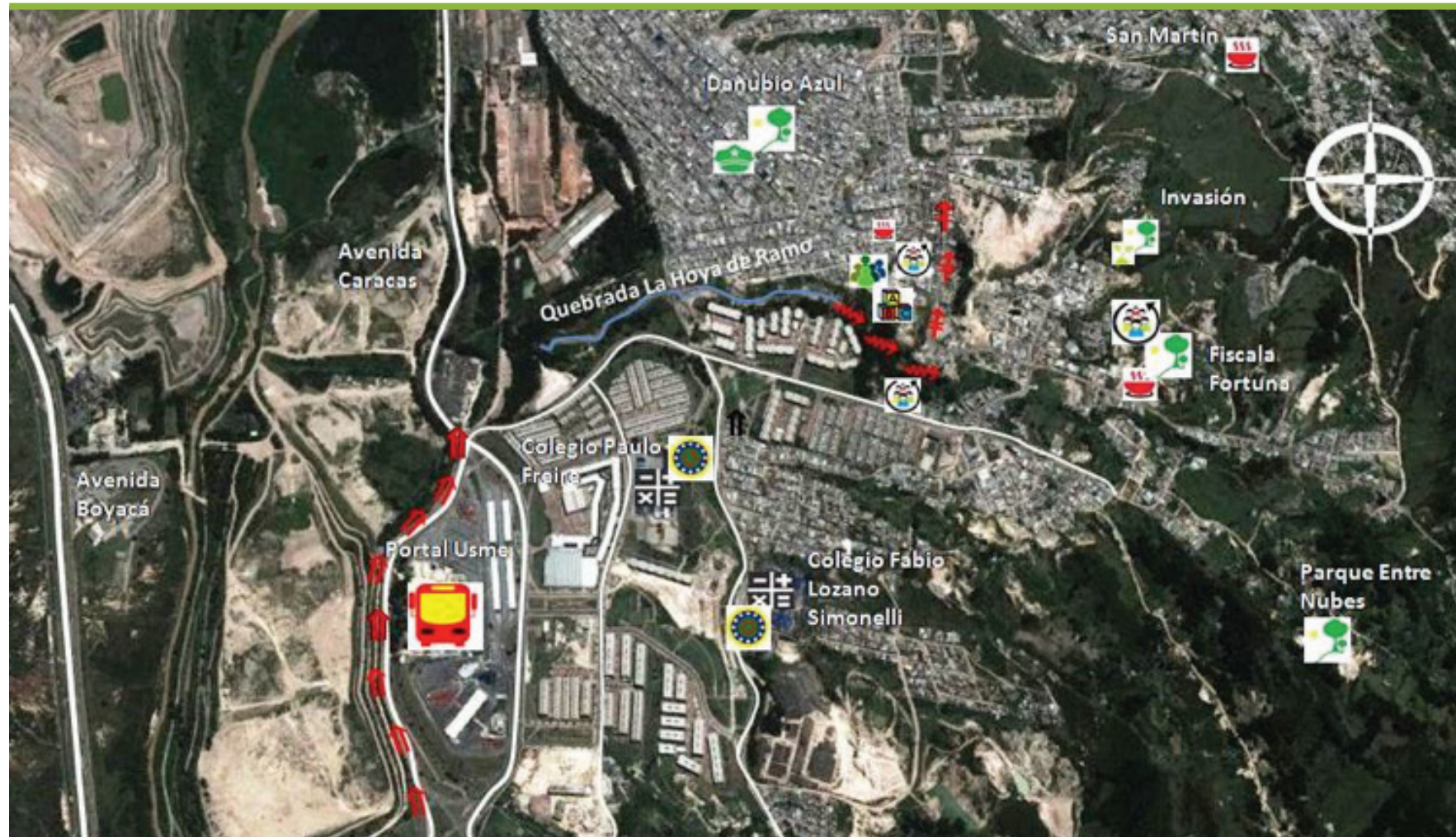
CAPÍTULO 3

Subjetividades políticas que invaden:
los y las jóvenes en la Fiscalía Fortuna

Territorio Fiscala Fortuna



La Unidad de Planeamiento Zonal, UPZ, Danubio, ubicada en la localidad de Usme al sur de Bogotá, ha sido durante los últimos tres años un escenario importante en los procesos realizados por el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, Idipron. Primero, en el 2011 con la puesta en marcha de lo que se hoy conoce como la ‘Experiencia Danubio’, con la cual se inició la territorialización de las acciones del Instituto. Luego, en el 2012 con el desarrollo de procesos de nivelación y aceleración escolar fuera de las Unidades de Protección Integral, UPI. Y desde el 2013 con diversas actividades territoriales y estrategias pedagógicas impulsadas por diferentes áreas de la entidad. En esta investigación, nuestro trabajo se concentró en el territorio que cotidianamente se denomina la invasión, el cual se encuentra situado en la parte alta (de ladera) del barrio Fiscala Fortuna y es habitado por aproximadamente 150 personas en su mayoría niñas, niños y jóvenes.



La reflexiones expuestas en este capítulo recogen parte de nuestras experiencias como equipo de investigación en el territorio y parten de una solicitud explícita de las jóvenes con quienes trabajamos frente a la ausencia de proyectos institucionales dirigidos, específicamente, a la juventud del barrio. De hecho, esta fue la razón por la cual acordamos con ellas poner en marcha la reconstrucción de las memorias territoriales, en medio de tensiones inesperadas con otros actores de la comunidad, que fueron surgiendo durante el proceso y se manifestaron, por ejemplo, en la dificultad de contar con espacios físicos para trabajar; en reclamos frente a nuestra selección (para algunos inadecuada) de las personas a entrevistar; y en la vigilancia constante de la que fuimos objeto durante algunos de los recorridos fotográficos que realizamos por el barrio. Que esta labor investigativa haya sido una iniciativa proveniente de las jóvenes y no de los adultos fue uno de los detonantes de tales cuestionamientos, especialmente cuando incomodamos los liderazgos de quienes históricamente han llevado las riendas en su territorio.

Reconociendo estas tensiones, las preguntas que guiaron nuestra búsqueda fueron: en un contexto donde las identidades políticas invasor y reciclador han predominado tanto en las luchas por la constitución del barrio como en la reivindicación de los derechos, ¿es posible la construcción y el posicionamiento de la identidad política joven?; si es así, ¿cómo opera esa construcción y su realización en la cotidianidad?, ¿cómo se hace visible en la esfera pública? y ¿cómo se pone en relación con otras subjetividades? Planteamos lo anterior, teniendo en cuenta que en la Fiscala Fortuna existen individuos --jóvenes, desde nuestra perspectiva-- que están reclamando visibilidad y reconocimiento como sujetos políticos, y que al hacerlo van generando conflictos y nuevas miradas en su territorio. Asimismo, hablamos de manera articulada con los resultados del proceso desarrollado por el Semillero de Investigación de este territorio, el cual dio como resultado final una exposición fotográfica, llamada “El árbol de la fortuna”²⁹, que pone en relación las dinámicas de poblamiento de la invasión con los cruces entre familias que allí se evidencian.

29. Fotografías disponibles en www.idipron.gov.co

**El barrio visto
por las
integrantes del
semillero de
investigación
durante un
recorrido**

Identidades políticas en tensión: invasores y recicladores

La invasión se empezó a construir a finales de los ochenta a través de la compra-venta de lotes por parte de familias extensas que fueron llegando de otros barrios de Bogotá y de distintas regiones del país de las que fueron desplazadas violentamente; su densificación alcanzó una mayor intensidad en el 2001 con la ocupación ilegal de predios y la respectiva construcción de casas. En el primer momento, las fincas y las canteras predominaban en el paisaje territorial, dado que el terreno solía ser explotado para la extracción de materiales destinados a la construcción; con el paso del tiempo, las fincas fueron divididas en pequeños lotes que empezaron a ser vendidos a personas provenientes de otros lugares, mientras que una que otra familia fue invadiendo algunos de esos predios, no sin antes enfrentar los intentos de desalojo llevados a cabo por la Policía.

**Paisaje de Fiscala Fortuna II
Sector, parte alta (la “invasión”)**



30. Semillero de Investigación de la Fiscalía Fortuna, documento de trabajo, noviembre de 2013.

De esta forma se fue configurando la primera identidad política que nos interesa explorar, invasor, como resultado de las luchas por la legalización y la adquisición de lotes, de servicios públicos y de infraestructura. Quienes empezaron a construir sus casas a mediados de los noventa afirman que “lo más difícil fue llevar agua al barrio” y recuerdan que en ese momento la comunidad debió permanecer unida para lograrlo, participando en intensas jornadas para la construcción de los ranchos y de la red de mangueras que llevaban el agua a los hogares, e incluso compartiendo el baño para el aseo personal. Por su parte, las luchas vividas en el siglo XXI se han concentrado en la pavimentación de la única vía de acceso al barrio, la construcción del parque infantil y la legalización de los lotes que fueron invadidos años atrás; en algunos casos, se ha logrado que las primeras construcciones de madera se reemplacen por unas de cemento y ladrillo.

En estos relatos no suele mencionarse el papel desempeñado por las y los jóvenes durante estas luchas barriales, y, de hecho, muchos de ellos tampoco se reconocen como partícipes de los procesos de conformación del barrio; por ello, cuando hablan de esto narran historias cuyos protagonistas son otros:

“El barrio empezó con esfuerzo, trabajando muy duro por su progreso, por obtener lo más necesario para vivir como agua y luz ¡Era muy difícil vivir en esa época! los servicios no existían, la luz eran velas y el agua era la de las mismas piedras que bajaban por la montaña. Entre más gente llegaba, más escasez de agua había, hasta que los vecinos decidieron hacer un hueco muy profundo con tubería para que el agua pudiera subir desde la bomba que queda en el barrio de abajo. Todos los que estaban ayudaron. Ya habiendo agua empezaron a conseguir electricidad haciendo conexiones de cables de los postes más cercanos que se dirigían a las primeras casas del barrio. Después empezaron a mejorar las casas para darle más progreso al barrio”³⁰.

La identidad política invasor ha delimitado fronteras invisibles en el barrio. Las casas de la parte baja son reconocidas como las legales, es decir, las que se construyeron sobre lotes que la gente compró en los noventa; por su parte, las casas de la parte alta son percibidas como las ilegales, es decir, como la “verdadera invasión”, ya que fueron construidas desde el 2001 sin pagar por el terreno. No obstante, en los barrios vecinos a todo este territorio se le conoce como la invasión, lo cual molesta a algunos habitantes porque aunque afirman haber comprado legalmente su lote, también son identificados como invasores. Esta división que demarca un “de aquí para arriba es invasión, de aquí para abajo es lo legal-legal” se

expresa cotidianamente en la inasistencia a reuniones comunales por parte de unos o de otros, en el pago de recibos de los servicios públicos solo por parte de quienes viven “abajo” y en frases como “mi casa sí es legal”, “porque nosotros sí compramos el lote” y “entonces de acá nadie me puede sacar”. Es importante señalar que las casas que caben en la categoría ilegal son la mayoría.

Frontera invisible entre lo legal/ilegal





**Poste de energía que
delimita lo legal (arriba)
y lo ilegal (abajo)**

La segunda identidad política que se ha ido configurado en el barrio está dada por la actividad económica que desarrollan la mayoría de familias que lo habitan: el reciclaje. En este territorio es usual que las personas se definan a sí mismas como recicladoras y que la exigibilidad de derechos se realice desde este lugar de enunciación, bien sea por medio de la participación en reuniones convocadas por líderes o lideresas comunitarios e instituciones distritales, de la organización colectiva para protestar ante un evento específico, o del el uso de instrumentos jurídicos como la tutela y el derecho de petición.

En algunas casas sobresalen los colores vistosos de vallas publicitarias que sirven para cubrir la madera con la que éstas están construidas, así como aparatos electrónicos han sido encontrados en la basura y reparados en el barrio. Es que objetos de todo tipo son traídos por los habitantes a sus hogares ya que pueden servir para el consumo familiar (como la ropa y los alimentos) o para continuar con la construcción de la vivienda. De hecho, ellos mismos dicen que “esa es la ventaja de trabajar en el norte”. Asimismo, ser reconocido como reciclador por parte de las entidades de gobierno trae consigo algunos beneficios como subsidios, apoyos alimentarios y la vinculación a programas institucionales como la Red Unidos (del orden nacional) y Basura Cero (del orden distrital). Consideramos estos como elementos estratégicos de la identidad política “reciclador”, pues tanto de la actividad económica como de los programas estatales se reciben beneficios individuales y colectivos que no llegarían al barrio si no fuera de ésta manera.



**Casa de la “invasión”
construida con algunos
elementos reciclados**

El reciclaje también ha sido motivo de unión entre vecinos y familiares, ya que varias personas del barrio se encuentran durante las jornadas de trabajo y a veces comparten los tiempos de descanso o la espera mientras abren las bodegas de reciclaje; además, suelen apoyarse en las dificultades, como cuando una carreta se daña o cuando el hambre arrecia. Claro que a veces también surge la desconfianza, especialmente cuando median materiales valiosos encontrados en la basura; estos tesoros, que son conocidos como corotos o guacas, abren la posibilidad de darse un gusto o de cubrir alguna necesidad material en un contexto de escasos recursos económicos.

En algunas familias se heredan rutas de reciclaje que proporcionan un mínimo de material a cada persona, pero que se deben conservar por medio de la constancia en el trabajo y el respeto de las reglas que los proveedores del material establezcan (conjuntos residenciales, locales comerciales, etc.). El territorio donde se recicla (el norte) se apropia por medio de las rutas familiares, el conocimiento de espacios donde se tiene una fuente segura de material, y el establecimiento de horarios y rutinas. En este escenario, se entiende que la identidad política reciclador se ha ido configurando históricamente y ha jugado un papel relevante en la conformación y consolidación del barrio.

Cuando iniciamos este proceso de investigación, algunas de las jóvenes con las que trabajamos nos dijeron: “la gente aquí es muy interesada”, dándonos a entender que a nuestras actividades no llegaría mucha gente porque no ofrecíamos nada; efectivamente, eso fue lo que sucedió. En tanto se trata de un barrio de invasión conformado en gran parte por recicladores, sus habitantes se han acostumbrado a recibir los incentivos económicos otorgados en el marco de programas con enfoque asistencialista. Por medio de estos auxilios y de los perfiles que se establecen para sus beneficiarios, se ha ido construyendo un imaginario de pobreza que acompaña y refuerza la constitución de las identidades invasor y reciclador. Esto se manifiesta, por ejemplo, cuando las personas condicionan su participación en una actividad institucional a la obtención de algún beneficio (refrigerios, almuerzos). Tal postura, que, por supuesto, es estratégica, es reproducida por niñas, niños y jóvenes, quienes a veces hacen lo mismo, pero con otro tipo de prebendas (marcadores, colores, papeles). Invasor y reciclador operan entonces como identidades políticas porque producen formas particulares de interpretar el mundo, de relacionarse con el Otro y de ejercer y exigir los derechos.

En este territorio es común encontrar funcionarios del Fondo de Prevención y Atención de Emergencias, FOPAE, del Acueducto y de la Secretaría de Hábitat, quienes trabajan problemáticas asociadas con los servicios públicos y el riesgo por deslizamiento. De igual manera, la comunidad se ha beneficiado de programas y proyectos de la Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos, UAESP y del Programa Basura Cero dirigidos a la población recicladora. No obstante, con excepción del Idipron, ninguna otra entidad distrital u organización no gubernamental trabaja por los derechos de las y los jóvenes que habitan el territorio.

Teniendo en cuenta lo anterior, señalamos que en la Fiscala Fortuna II Sector han ido emergiendo dos identidades políticas dominantes que marcan las interacciones sociales y las subjetividades infantiles y juveniles, y que orientan tanto la atención estatal como las luchas de sus habitantes. Se trata de dos identidades estratégicas --invasor y reciclador—que han producido beneficios tangibles y que han definido las relaciones ciudadanía-Estado. Al contrario, la identidad política joven no parece ser estratégica y, en consecuencia, tampoco importante. Por ello, las y los jóvenes no solo no son reconocidos en la vida pública del barrio, sino que deben optar por una de las dos identidades políticas hegemónicas para participar en luchas que siguen siendo abanderadas por personas adultas.

Cuando hablamos de no reconocimiento no estamos refiriéndonos a la inexistencia de lo juvenil, sino al enmascaramiento de las identidades juveniles dentro de las otras identidades políticas que se privilegian en el territorio. Si bien los sentidos y prácticas de las y los jóvenes se cruzan con las luchas políticas del barrio, por un lado, y, por el otro, la mirada sobre las problemáticas territoriales existentes se supedita a las identidades invasor o reciclador, el reconocimiento de la juventud depende del campo de acción política donde se muevan los sujetos y no de la categoría en sí misma. Por tanto, los entrecruzamientos son claves para entender las diferentes formas de existir en el barrio, pues suele generalizarse al reciclador o al invasor sin tenerse en cuenta si se es mujer, hombre, niño, joven, adulto, o viejo.

Algunos jóvenes asumen las dos identidades políticas hegemónicas porque brindan seguridad en las dinámicas del territorio y les abren la participación en la toma de decisiones, lo cual puede convertirse en una fuente de bienestar para sus hijos. Otros, por su parte, las rechazan porque las consideran ajenas a sus realidades

31. Fragmento de entrevista, jóvenes del territorio, 2013.

o, simplemente, porque prefieren mantenerse alejados de los espacios políticos y participativos del barrio. Como sea, no es de extrañar que el escenario propuesto por esta investigación, donde las mujeres jóvenes de la comunidad empezaron a hacerse visibles ante sus vecinos, haciendo preguntas sobre el origen del barrio y motivando procesos políticos con sus pares, resultara incómodo para algunos.

La hegemonía de las identidades políticas invasor y reciclador también está ocultando distintas prácticas y relaciones que se tejen en la vida familiar y comunitaria del barrio, limitando la posibilidad de comprender la diferencia, la diversidad y la pluralidad de formas de habitar el territorio. Quizás esta sea una de las razones por las cuales las y los jóvenes no son reconocidos en la vida pública del barrio.

Desarticulación (o inexistencia) de lo juvenil en el espacio público

“En La Fortuna no solamente somos vecinos, sino que a través del tiempo nos hemos convertido en una familia”³¹, dijeron las jóvenes con quienes trabajamos, haciendo referencia, por un lado, a las distintas uniones que se han dado a través de los años entre quienes lo habitan, y, por el otro, al hecho de que, como en todas las familias, hay tensiones y conflictos permanentes. En esta gran familia las problemáticas comunes entre los habitantes del territorio se hacen públicas, mientras que otros asuntos que competen a todos se transforman en problemas privados e íntimos en los que ningún externo se debe entrometer. Esta dualidad construye otra mirada sobre lo juvenil, pues aunque las y los jóvenes no son reconocidos como sujetos políticos en la esfera pública, sí lo son como hijos, hermanos o sobrinos; por ello, heredan conflictos de otrora surgidos tanto de las luchas políticas como de los enredos familiares.



Como se ha señalado, uno de los conflictos más fuertes en el barrio es la frontera invisible entre legal y lo ilegal, pues existen líderes y lideresas tanto de arriba como de abajo que tienen intereses distintos frente al territorio. Aunque las jóvenes con quienes trabajamos destacan que esta idea de la gran familia ha matizado estas tensiones porque las últimas casas de la invasión se fueron construyendo en la medida en que nuevas familias se iban conformando tanto arriba como abajo, aún existen conflictos por la legalización de lotes y la adquisición de infraestructura; conflictos que han sido trasladados a niñas, niños y jóvenes que habitan el territorio.

**Habitante del barrio
observando “El árbol
de La Fortuna”**

32. Fragmento de entrevista, joven del territorio, 2013.

Asimismo, la rivalidad entre vecinos y familias ha fortalecido estereotipos negativos sobre las y los jóvenes en el barrio, ya que en ocasiones se cuestiona a quienes pertenecen a las familias con las que se tienen conflictos; cómo se viste alguien, qué hace, con quién habla, qué consume o qué música escucha, terminan entonces justificando las normas establecidas para otras y otros jóvenes, así como la prohibición de relacionarse con quien ha sido señalado. Sin embargo, este no es un cuestionamiento sostenido en el hecho de ser joven en sí mismo, sino en ser un joven miembro de una familia rival; esto significa que la referencia privilegiada es ser hijo, sobrino o hermano de fulano de tal y no a una identidad juvenil específica.

En este escenario, una de las razones por las cuales las y los jóvenes no se reúnen a parchar en los espacios públicos del barrio como el parque ni piensan en estrategias colectivas, es que algunos de ellos ni siquiera se hablan entre sí, bien sea por prohibiciones familiares explícitas o por confrontaciones familiares heredadas. Es que a los y las jóvenes del barrio suele catalogárseles como buenas o como malas amistades y por ello muchos de ellos no pueden ni siquiera estar juntos. Con este clima de señalamientos, el espacio público poco a poco les ha sido vetado y el no ser visibles físicamente parchando en un lugar o habitando la calle, afecta profundamente el carácter político de sus subjetividades juveniles y de su reconocimiento. Si los jóvenes no se ven, pues es fácil asumir que no existen: “acá hay demasiados niños pequeños y ellos juegan entre sí, pero no hay tantos muchachos de nuestra edad como para comunicarnos o hablar con ellos; entonces, es como aburrido”³². Esta falta de comunicación entre jóvenes, además de producir aburrimiento en el día a día, obstaculiza su constitución como sujetos políticos.

Lugares donde
parchar en el barrio



Esta situación obstaculiza la unión y la camaradería entre las personas jóvenes que habitan el barrio, especialmente porque son ellos mismos quienes reproducen los discursos negativos sobre la juventud, limitando prácticas de apoyo mutuo, así como la posibilidad de ser más visibles en el territorio y de asumirse como una identidad política. Basta con preguntarle a cualquiera por los jóvenes del barrio para que responda: “en el barrio hay muy pocos, casi ni se ven”; esto indica que ellos no se están apropiando del espacio público y que en el imaginario comunitario pareciera como si no estuvieran. Además, como bien lo decía una de las jóvenes con las que trabajamos: “en el barrio no hay espacios para reunarnos”³³, pues geográficamente los jóvenes fueron desplazados al espacio privado. El parque no es para ellos sino para los niños, ir a la loma es percibido como sinónimo de consumo de droga, y en la banca del mirador sólo caben dos o tres personas.

33. Fragmento de entrevista, joven del territorio, 2013.

Actividades cotidianas en el barrio



No es de extrañar, entonces, que en los paisajes sonoros que construimos en el barrio predominen las voces de niñas y niños jugando en la calle, y las de los adultos conversando en las puertas de sus casas. Pero, ¿dónde están los jóvenes? o, mejor aún, ¿a quiénes reconocemos como jóvenes? La juventud, como categoría social, es decir, como construcción social, política, histórica y cultural, no es universal ni homogénea; al contrario, son múltiples las formas de “ser” joven, así como las construcciones culturales que subyacen a cada una de esas formas. En este sentido, la experiencia de “ser” joven está mediada por las condiciones socio-económicas en las que se vive y también por el capital social y cultural que acumulan las personas en los contextos que habitan. En la invasión algunos jóvenes no tienen acceso a otros espacios de la ciudad y no conocen otros planes más que caminar por el barrio, sentarse en la única banca del mirador, ir al colegio y bajar a comprar las cosas del almuerzo. Así, la posibilidad de experimentar diferentes formas de “ser” joven es limitada.

En cuanto a la categoría generación, entendida como la edad procesada por la historia y la cultura, vale la pena preguntar por los aspectos comunes que tendrían niñas, niños y jóvenes del territorio de la invasión con niñas, niños y jóvenes de los territorios donde sus padres/madres van a reciclar al norte de la ciudad. Aunque la clase social cruza esta discusión, no podríamos decir que hablamos de una misma generación (así tengan las mismas edades), pues las oportunidades de unos y otros divergen totalmente. En este proceso hemos descubierto que para muchos la posibilidad de estudiar se termina a temprana edad (entre los 13 y 15 años), mientras que la necesidad de aportar económicamente en el hogar se vuelve cada vez más urgente; por ello, niñas y niños deciden trabajar en el reciclaje. Incluso, algunas personas de estas edades afrontan embarazos y relaciones de pareja que les obligan a sostener un hogar y a sus propios hijos. Sin embargo, varias madres y padres también esperan que sus hijas e hijos, la “nueva generación”, continúen o retomen sus estudios.

Entre las razones esgrimidas para salir del colegio se escuchan expresiones como “me echaron del colegio”, “iba perdiendo otra vez el año”, “tengo prioridades en la vida y entre esas no está estudiar”. Algunas personas manifiestan la necesidad de trabajar en el reciclaje y de recibir ingresos, afirmando que tuvieron que elegir entre estudiar o trabajar. El requerimiento inmediato de devengar dinero, en varios casos, supera el deseo o la expectativa de continuar en el colegio. En palabras de algunos

jóvenes “el estudio no garantiza un buen futuro”, pues consideran que aún terminando su bachillerato no tendrán buenas oportunidades en la vida, entonces “¿para qué estudiar?” El estudio es así visto por algunos como un accesorio y no como una posibilidad real de mejorar los ingresos y la calidad de vida en el mediano y largo plazo.

Esta no es una problemática que obedezca simplemente a las decisiones de los habitantes del barrio, pues el colegio se ha convertido en un espacio expulsor que también limita las oportunidades de educación de los jóvenes, especialmente por el trato de los profesores hacia los estudiantes. Al preguntarle a una madre sobre la razón de la deserción escolar de algunos jóvenes del barrio nos contestó: “La autoridad de los profesores. “Yo soy el profesor y usted se calla. Yo soy el único que tiene la razón, usted no”. Le están vulnerando el derecho a la expresión a los jóvenes en los colegios”³⁴. Algunos jóvenes también se manifestaron al respecto: “Pues como ellos son los profesores, si uno va bien, “de malas, se rajó”. Como le cae mal, lo van rajando. “Conmigo no pasa”, así son los profesores. Yo he tenido varios problemas con los profesores en el colegio por eso mismo. Se creen mucho porque son profesores y a la hora que a ellos les dé la regalada gana, por decirlo así, le hacen a uno perder la materia y hasta el año”³⁵.

El sexo y el género también son referentes para explorar en esta indagación sobre la posibilidad de “ser” joven en la invasión. Las maternidades y las paternidades nos dan luces acerca de la finalización o comienzo de una etapa en las vidas de las personas, dado que socialmente operan como rituales de paso entre la juventud y la adultez. No obstante, en la invasión las niñas, desde muy pequeñas, conversan acerca de tener hijos y cuidar del hogar. Los niños suelen decirles a sus hermanitas que se vayan para la casa y las regañan cuando no les hacen caso. Asimismo, las niñas se convierten en cuidadoras de familiares más pequeños. Estas labores del cuidado, que se feminizan en el barrio, imposibilitan el reconocimiento de las mujeres jóvenes dentro de la categoría juventud.

La juventud puede ser analizada también como una etapa de transición o de formación en la que las personas tienen tiempo para desempeñar labores que no se restringen a la familia, la escuela o el trabajo; en la que tienen la posibilidad de utilizar creativamente su tiempo. A dicho periodo se le conoce como moratoria social y es uno de los aspectos privilegiados en los estudios sobre juventud. Pero, ¿en

34. Fragmento de entrevista, habitante del territorio, 2013.

35. Fragmento de entrevista, joven del territorio, 2013.

la invasión podrían habitar ciertas personas que estén en esta etapa de la vida? ¿Cómo hablar de moratoria social cuando las problemáticas asociadas a la juventud se enfocan en el mal uso del tiempo libre? Pareciera entonces que en este territorio la única posibilidad es el paso directo de la niñez a la adultez, garantizando, eso sí, que se logre un tránsito en los mejores términos: esto es, sin las problemáticas características de la juventud. ¿Dejan estas personas de “ser” jóvenes por su maternidad o paternidad? ¿La vinculación al mercado de trabajo informal, en este caso del reciclaje, imposibilita otras dinámicas o la construcción de otros códigos o signos de lo juvenil? Una posibilidad de sentirse y actuar como jóvenes son las fiestas, las farras, salir a discotecas a divertirse en las noches; pero esta situación también es mal vista y moviliza una especial censura hacia las mujeres jóvenes, más aún si ya tienen hijos.

La moratoria social no es un concepto que nos permita hablar sobre quienes habitan la invasión, así como tampoco de las dinámicas que se construyen entre los diferentes actores. Es entonces importante pensar en otras formas de la condición juvenil, en otras formas de ser y habitar la ciudad. Poner en tensión las memorias, los conflictos y las subjetividades presentes en la invasión nos permitirá abrir la discusión acerca de la ausencia de lo juvenil en la esfera pública y la dificultad de reconocer a las y los jóvenes como sujetos políticos transformadores del territorio.

¿Son posibles los liderazgos juveniles en el territorio?

La ausencia de los jóvenes en la vida pública del barrio ha mantenido intactos los liderazgos que por décadas se han posicionado en el territorio. La emergencia de los jóvenes como sujetos políticos ha sido postergada al dársele mayor importancia a las luchas históricas que han buscado el mejoramiento del barrio a través de las transformaciones físicas: calles pavimentadas, servicios públicos y casas de cemento y ladrillo. Sin embargo, como los mismos vecinos afirmaron “eso es lo único en lo que ha mejorado el barrio, en el resto de cosas ha empeorado”, entre ellas la convivencia. Aunque antes las dificultades unían a la gente, hoy ya no es tan evidente que se piense en colectividad; por el contrario, existen diversas fronteras que separan a unos de otros.

La falta de tratamiento de las tensiones y conflictos entre habitantes del barrio ha perpetuado los conflictos antiguos, los cuales han sido heredados a niñas, niños y

jóvenes con efectos directos sobre sus prácticas en el territorio. De hecho, no sólo se heredan, sino que también se actualizan en el presente insertando nuevos elementos que los complejizan aún más. Las y los jóvenes no existen como enunciado, ni como colectivo, al menos visible, en las calles de la invasión, ni las personas entre 14 y 28 años se reconocen dentro de la categoría juventud; dos situaciones que llevan a pasar por alto discusiones acerca de los intereses y problemáticas de las y los jóvenes, así como su papel activo en las transformaciones de sus realidades.

En el territorio se es niño o se es adulto y se le da prioridad a dos agendas: la recicladora y la invasora. La no participación de las y los jóvenes en las decisiones barriales se conjuga con la visibilización negativa que se hace de sus problemáticas, llevando a algunos a no reconocerse como jóvenes, mientras otras voces reclaman vigilancia y represión sobre ellos. Cuando no se abren espacios de participación para las personas que habitan el territorio, en este caso para las y los jóvenes, a menos que se reconozcan como reciclador o invasor, no solo se cierran posibilidades de diálogo entre saberes, sino que se enmudece la existencia de otras y otros, se imponen miradas sobre el territorio, se edifican verdades irrefutables, se legitiman las voces de quienes dividen y se elimina cualquier iniciativa que proceda de un lugar diferente. Por ello, los discursos hegemónicos en el territorio no permiten la movilidad ni la transformación de sus dinámicas.



Los discursos hegemónicos en el territorio no permiten la movilidad ni la transformación de sus dinámicas. Ejercicios que intentaron ser autónomos, como el proceso de investigación sobre historias barriales, fueron cuestionados y tratados de cooptar por parte de líderes(as) del barrio, por ejemplo, con la intención de presentar el proceso como propio y de coordinar todas las actividades referidas a él. Las jóvenes que reclamaron espacios de participación como jóvenes, es decir, desde una mirada que no se centrara en las identidades políticas reciclador o invasor, trabajaron a pesar de la falta de reconocimiento del espacio del semillero de investigación y de enfrentar situaciones difíciles, por ejemplo, la falta de apoyo para la realización de entrevistas o actividades de fotografía. También tuvieron que sortear la falta de interés de otras personas de su edad frente al proyecto y con algunas personas adultas que buscaban controlar las etapas de la investigación.

Jóvenes del semillero de investigación en acción



La falta de interés y de apropiación del territorio por parte de las y los jóvenes es una preocupación que queremos exponer, haciendo un llamado a realizar una lectura juiciosa de los sentidos y las prácticas juveniles en el territorio. Nombrarlos (otorgarles existencia en el lenguaje) como jóvenes es la primera acción requerida para reconocer las ciudadanías sutiles y cotidianas que se gestan en sus cuerpos. Es posible generar pequeñas transformaciones en la vida diaria; es posible construir subjetividades políticas juveniles a partir del trabajo con las y los jóvenes del barrio, y de la movilización de sus intereses y sus preocupaciones. El camino se está abriendo y hacer nuevas preguntas frente a lo que históricamente se ha presentado como inamovible es un buen comienzo.

BIBLIOGRAFÍA

Abad, M. (2002). Jóvenes en Colombia. Conflicto condición juvenil y convivencia. En Revista JOVENes. Edición Nueva Época. Número 16. Pp. 12- 27.

Arrellano, J. (2007). Juventud: trabajo, sindicalismo... . En Revista Cultura y Trabajo. Edición N° 71. Mayo 5 de 2007.

Botero, P., Torres, J, y Alvarado, S. (2008). Perspectivas teóricas para comprender la categoría participación ciudadana-política juvenil en Colombia. En Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Pp. 565-611. Manizales, Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el Cinde, Vol. 6. Número. 2, (julio-diciembre).

Bourdieu, P. (2002). La "juventud" no es más que una palabra. En Sociología y cultura Pp. 163-173. México: Grijalbo, Conaculta.

Galindo, L. y Acosta, F. (2008). Jóvenes en la formación de la política contemporánea en Colombia: consideraciones sobre su comprensión. En Revista Ponto-e-virgula 4. Pp. 159-177.

Herrera, M. y Otros. (2005). Tejiendo la Memoria en la Construcción de Identidades Juveniles. Revista Nómadas. N° 23. Pp. 68-75.

Reguillo, R. (2012). Culturas juveniles Formas políticas del desencanto. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Rodríguez, E. (2004). Políticas públicas de juventud en América Latina: Empoderamiento de los jóvenes, enfoques integrados, gestión moderna y perspectiva generacional. Pp. 1-37.

Secretaría de Planeación Distrital. (2009). Conociendo la localidad de Usme: Diagnóstico de los aspectos físicos, demográficos y socioeconómicos, año 2009. Bogotá.

Torres, A. (1999). Barrios populares e identidades colectivas. En Ciudad y Hábitat. N° 6. Disponible en www.barriotaller.org.co/publicaciones/barrios_populares.rtf